

# Crónica de ambos Mundos.

REVISTA SEMANAL.

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO I.

DOMINGO, 22 DE JULIO DE 1860.

NÚM. 8.

## DISPOSICIONES OFICIALES.

Domingo 15.—Real decreto, disponiendo que las secciones primera y segunda de los ferro-carriles de Andalucía, que, según la ley del 30 de marzo de 1859, comprenden el trayecto de Manzanares á Andújar y Córdoba, sean objeto de una sola concesion. Esta se otorgará con arreglo al proyecto que definitivamente adopte el gobierno, según lo dispuesto en el art. 5 de dicha ley.

—Real orden, mandando que todos los fondos existentes en los despachos del negociado de Instrucción pública con destino á la guerra de Africa, heridos ó inutilizados en la misma, se remitan con la brevedad posible á la Caja general de Depósitos.

Lunes 16.—Real orden, aprobando el nuevo reglamento de la escuela especial de administracion militar.

Martes 17.—Real orden, disponiendo, que para regularizar los estudios en que se prescribe el reconocimiento general de las aguas estancadas y corrientes, y de su posible aprovechamiento en España, los seis ingenieros de caminos, canales y puertos, y los doce ayudantes designados en virtud de lo que previene el real decreto de 20 de agosto último, se dividan en seis brigadas, compuestas de un ingeniero, dos ayudantes y el número de porta-miras y peones que se considere necesario.

Miercoles 18.—Real decreto, declarando de segundo orden las carreteras que partiendo de la ciudad de las Palmas, termina en Teldes en las islas Canarias.

Jueves 19.—Real orden, suspendiendo por ahora la celebracion de otra subasta para la adquisicion de tabaco habano de la Vuelta de Abajo, con destino al consumo de los años 1861, 1862 y 1863, en vista de que no ha producido resultado alguno la celebrada con este objeto el dia 14 del actual.

Viernes 20.—Real decreto, disponiendo que las empresas concesionarias de obras públicas, puedan emitir obligaciones hasta el importe de la suma total del capital realizado, en vez del límite del 50 por 100 determinado por ley de 11 de julio de 1856.

—Otro real decreto, autorizando á la empresa del ferro-carril de Santander á Alar del Rey, para que se denomine: *Empresa del ferro-carril de Isabel II de Alar del Rey á Santander*, aprobando al mismo tiempo los nuevos estatutos y reglamentos en la forma en que se hallan consignados en la escritura de 25 de febrero último.

—Otro real decreto, mandando que los funcionarios de la administracion civil de las provincias de Ultramar, se dividan en jefes de administracion de primera, segunda y tercera clase, jefes de negociado y oficiales.—A la primera clase, corresponden los intendentes de ejército y de hacienda; á la segunda, aquellos cuyo sueldo sea de 5,000 pesos inclusive en adelante; á la tercera los de 4,000 inclusive, á ménos de 5,000; á la cuarta, los de 2,000 inclusive, á ménos de 4,000; á la quinta, aquellos cuyo sueldo exceda de 1,000 pesos en la isla de Cuba, y de 800 en las de Filipinas y Puerto-Rico, hasta ménos de 2,000 en las tres provincias. Los empleados de sueldo menor al fijado para los de la quinta clase se llamarán *aspirantes*, y mientras lo sean no serán considerados como funcionarios públicos, salvos los derechos adquiridos.

Sábado 21.—Real decreto, aprobando el ante-proyecto de ensanche de Madrid.—Se sujetarán al plano que forma parte de dicho ante-proyecto todas las construcciones que en lo sucesivo se verifiquen dentro de la zona comprendida en él. Las calles principales de la nueva poblacion, tendrán por lo ménos 30 metros de ancho.—El número de pisos en los edificios no podrá exceder de bajo, principal y segundo.

## SECCION MERCANTIL.

### MERCADOS DE ESPAÑA.

MADRID.—Trigo, de 58 á 49 rs. fanega; cebada, de 20 á 24 id. id.; garbanzos de 50 á 40 rs. arroba; arroz, de 29 á 54 id. id.; aceite, de 74 á 78 id. id.; vino, de 50 á 58 id. id.; vaca, de 42 á 44 id.; tocino, de 88 á 92.

AVILA.—Trigo, á 50 rs. fanega; centeno, 22 id. id, cebada, á zos, de 100 á 150 id. id.

ALICANTE.—Trigo, de 46 á 50 rs. fanega; cebada, de 150 á 152 rs. cahiz; garbanzos de 22 á 27 rs. barchilla; arroz á 28 rs arroba; aceite de 85 á 84 rs. arroba; vino de 15 á 15 rs. cántara; aguardiente á 26 id. id.

BADAJOS.—Trigo, de 58 á 40 rs. fanega; cebada, de 15 á 16 id. id.; centeno, á 24 id. id.; habas, á 58 id. id.; garbanzos, á 80 reales arroba; arroz, de 50 á 54 id. id.; aceite, de 58 á 60 id. id. vino, de 24 á 50 rs. id. id.; aguardiente, de 82 á 140 id. id. vaca, á 45 id. id.

BARCELONA.—Trigo, de 55 á 57 rs. fanega; cebada, á 26 id. id.; maiz, á 52 id. id.; habas, á 45 id. id.; garbanzos, de 61 á 98 arroba; arroz, de 105 á 108 id. id.; aceite, á 62 id. id.

CIUDAD-REAL.—Trigo, de 45 á 46 rs. fanega; cebada, de 12 á 15 id. id.; centeno, de 20 á 21 id. id.; habas, de 64 á 66 id. id.; aceite, de 66 á 68 rs. arroba; vino, de 80 á 100 id. id.

CÓRDOBA.—Trigo, de 45 á 47 rs. fanega; cebada, de 19 á 20 id. id.; habas, de 55 á 58 id. id.; garbanzos, de 51 á 80 rs. arroba. aceite á 67 rs. arroba.

CORUÑA.—Trigo 15 rs. ferrado; maiz 10 id. id.; arroz de Valencia á 95 rs. quintal; aceite, á 66 y 1/2 rs. arroba; aguardiente, de caña de 45 á 46 rs. pipa; vino á 51 rs. pipa.

GRANADA.—Trigo de 50 á 57 rs. fanega. cebada de 28 á 52 id. id.; maiz de 44 á 51 id. id. habas de 57 á 40 id. id.; aceite á 68 rs. arroba.

HUESCA.—Trigo, de 19 á 20 rs. fanega; cebada, de 12 á 15 id. id.; garbanzos, de 52 á 56 rs. arroba; arroz, de 50 á 52 id. id.; aceite, de 71 á 72 id. id.; vino, de 11 á 12 rs. cántara.

JAEN.—Trigo, de 44 á 46 rs. fanega; cebada, á 20 id. id.; aceite de 58 á 65 rs. arroba.

LEON.—Trigo, á 58 rs. fanega; cebada, 18 á 19 id. id.; centeno, á 27 id. id.; habas, 62 á 60 id. id.; garbanzos, á 84 rs. arroba.

LÉRIDA.—Trigo, á 82 rs. cuartera; cebada, á 52 id. id.; centeno, á 66 id. id.; maiz, á 56 id. id.; habas, á 64 id. id.; arroz, á 25 reales arroba; aceite, á 60 rs. arroba; vino, á 8 id. id.; aguardiente, de 56 á 40 id. id.

LOGROÑO.—Trigo, á 44 rs. fanega; cebada, á 28 id. id., centeno, á 52 id. id.; maiz, á 52 id. id.; garbanzos, á 40 rs. arroba; arroz, á 54 id. id.; aceite, á 88 rs. cántara; vino, á 19 id. id.; aguardiente, á 76 id. id.; vaca, á 1, 66 c. libra; tocino, á 2, 56 id. id.

LUGO.—Trigo, á 54 rs. fanega; cebada, á 21 id. id.; centeno, á 25 id. id.; maiz, á 58 id. id.; garbanzos, á 50 rs. arroba; arroz, á 58 id. id.; aceite, á 80 id. id.; vino, á 52 id. id.; aguardiente, á 64 id. id.; vaca, á 1, 14 c. libra; tocino, á 2, 64 id. id.

MÁLAGA.—Trigo, de 62 á 64 rs. fanega; cebada, á 52 id. id.; maiz, á 48 id. id.; garbanzos, á 65 rs. arroba; aceite, á 64 id. id.

MURCIA.—Trigo de 57 á 60 rs. fanega; cebada de 27 á 28 id. id.

ORENSE.—Trigo á 46 rs. fanega; cebada á 20 id. id.; centeno 28 id. id.; maiz 55 id. id.; arroz 40 rs arroba; garbanzos 24 id. id.; aceite 74 id. id.; vino 25 id. id.; aguardiente 75 id. id.

PALENCIA.—Trigo, á 150 rs. carga; cebada, á 60 rs. fanega.

SALAMANCA.—Trigo, de 25 á 50 rs. fanega; cebada, á 17 idem, idem; centeno, de 19 á 20 id. id.; garbanzos, de 80 á 120 reales arroba; arroz, á 55 id. id.; aceite, á 75 id. id., vino, de 22 á 60 idem idem.

SEGOVIA.—Trigo, de 52 á 56 rs. fanega; cebada, de 20 á 24 id. id.; aceite, de 78 á 82 rs. cántara.

SEVILLA.—Trigo, de 44 á 52 rs. fanega; cebada, de 24 á 27 id. id. aceite, á 58 rs. arroba.

**BOLSA DE MADRID.**

**MOVIMIENTO DEL 16 DE JULIO AL 21 DEL MISMO.**

EFECTOS PUBLICOS ESPAÑOLES.	LUNES.		MARTES.		MIÉRCOLES.		JUEVES.		VIERNES.		SÁBADO.	
	Contado	Plazo.	Contado	Plazo.	Contado	Plazo.	Contado	Plazo.	Contado	Plazo.	Contado	Plazo.
Titulos del 5 por 100 consolidado . . . . .	49-20	49-50	49-70	49-55	49-50	...	49-25	49-50	49-50	50-75	49-20	49-50
Idem del 5 por 100 diferido . . . . .	41-10	...	41-20	...	41-10	...	40-90	...	41-05	41-45	41-10	41-15
Material del Tesoro preferente con interés.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Idem no preferente con interés. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Deuda amortizable de primera clase. . . . .	22	...	22	...	22	...	22	...	22	...	22	...
Idem de segunda idem. . . . .	17	...	17	...	16-90	...	16-30	...	16-90	...	16-90	...
Idem del personal. . . . .	15-40	...	13-40	...	15-40	...	14-40	...	15-40	...	15-40	...
<b>ACCS. DE CARRETERAS GENERALES, 6 % ANUAL.</b>												
Emision de 1 de abril de 1850 de á 4,000 rs	94	...	94	...	94	...	94-50	...	94-50	...	94-50	...
Idem de 2,000 rs. . . . .	96	...	96	...	96	...	96	...	96	...	96	...
Id. de 1.º de junio de 1851 de á 2,000 rs.	95	...	95	...	95	...	95	...	95	...	95	...
Id. de 31 de agosto de 1852 de á 2,000 rs.	99	...	99	...	99	...	99	...	99	...	98-90	...
Id. de 1.º de julio de 1856 de á 2,000 rs.	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...
Id. de 9 de marzo de 1855, procedente de la de 15 de agosto de 1852 de 2,000 rs.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Acciones de obras públicas de 1.º de julio de 1858 . . . . .	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...	93-50	...	94	...
Id. provinciales de Madrid, 8 por 100 anual.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Acciones del canal de Isabel II de á 1,000 reales 8 por 100 anual . . . . .	107	...	107	...	107	...	108	...	108	...	107	...
<b>ACCS. Y CARPETAS PROVISIONALES DE FERRO-CARRILES.</b>												
Ferro-carriles de Madrid á Aranjuez. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Aranjuez á Almansa. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Alar á Santander. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Socuéllamos á Ciudad Real. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Almansa á Alicante. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Cádiz á Sevilla. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Barcelona á Zaragoza. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Almansa á Játiva. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles. . . . .	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...	95-50	...
Carpetas provisionales de id. . . . .	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
<b>ACCIONES DEL BANCO Y SOCIEDADES ANÓNIMAS.</b>												
Banco de España. . . . .	2,000	...	198	...	198	...	198	...	199	...	200	...
Compañía Española Mercantil é Industrial. . . . .	1,900	75	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
General de Crédito. . . . .	1,900	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Crédito moviliario español. . . . .	1,900	40	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Obligaciones de idem. . . . .	2,000	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Canal de Castilla. . . . .	4,000	id.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Española, seguros generales. . . . .	5,000	5	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Gas de Madrid. . . . .	1,000	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Canalizacion del Ebro. . . . .	2,000	75	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Metalúrgica de San Juan de Alcaráz. . . . .	2,000	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Ferro-carril de Barcelona á Zaragoza. . . . .	2,000	todo.	1,640	...	1,640	...	1,640	...	1,640	...	1,640	...
Id. de Madrid á Zaragoza y Alicante. . . . .	1,900	80	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. del Grao de Valencia á Almansa. . . . .	2,000	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. id. id. con 6 por 100. . . . .	1,900	id.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de Játiva á Almansa con 6 por 100. . . . .	1,000	id.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Obligaciones del de Madrid á Zaragoza y Alicante, con 6 por 100 anual. Sale por sorteos. . . . .	1,900	»	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. hipotecarias de Alar á Santander, con 6 por 100 reabonable por sorteos á 197 1/4. . . . .	10,000	todo.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Acciones del de Sevilla á Jerez y Puerto-Real á Cádiz. . . . .	1,900	id.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Obligaciones de id. id. . . . .	1,900	id.	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Acciones del de Córdoba á Sevilla. . . . .	1,900	40	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Id. de los del Norte de España. . . . .	1,900	40	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Obligaciones del de Córdoba á Sevilla. . . . .	1,900	todo.	1,700	...	1,700	...	1,700	...	1,700	...	1,700	...
Acciones del de Zaragoza á Pamplona. . . . .	1,900	40	2,000	...	2,000	...	2,000	...	2,000	...	2,000	...

## EL ECLIPSE DE 18 DE JULIO.

Uno de los redactores de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, persona muy curiosa y sumamente aficionada á las ciencias, nos escribe desde el Moncayo, á donde le ha llevado el deseo de presenciar el eclipse del 18 de julio, la siguiente interesante carta, que creemos verán con gusto nuestros lectores:

MONCAYO 18 DE JULIO.

Amigos míos: Son las cuatro y seis minutos; la luz reaparece; vuelve el sol á brillar en toda su plenitud, y yo comienzo á escribir.

Pero ¡cómo describir ese magnífico espectáculo que se ha presentado á mi vista! ¡Cómo copiar con la pluma el magnífico panorama, que desde esta eminencia se descubría, con esos singulares colores, con esas tintas, que la imaginación no había podido soñar! ¡Cómo el terrible efecto, que en la naturaleza ha producido la sombra oscura que, recorriendo el espacio en un segundo, de Este á Oeste, ha cubierto como un denso crespon el dilatado paisaje, que ante nuestros ojos se extendía; pero con un crespon, no de tintas densamente negras, sino de diáfanas, púrpuras, y azuladas despues! ¡Cómo la especie de sensación, semi-agradable, semi-aterrador, que se renovaba en los pálidos semblantes, ni la singular paralización ó *estupor*, permitásemela la frase, de los animales; el momentáneo marchitarse de las flores, y el silencio en que cayeron las aves! Ni ¡cómo, tampoco, esa magnífica corona, que circuía la luna, oscura, negra, como si estuviese horrorizada de ocultarnos, aunque por momentos, la luz del astro, que dá vida, animación y alegría al mundo! Renuncio, amigos míos, á tales descripciones, que plumas mejor cortadas, harán del espectáculo que hoy hemos presenciado.

Pero si referiré á Vds. la angustiosa ansiedad en que, desde muy de mañana, han estado las infinitas personas que aquí nos hemos reunido; hombres de ciencia, y simples aficionados. Es el caso, que la comisión española, al elegir este punto para sus investigaciones astronómicas, concibió una idea muy poco acertada. Es Moncayo, segun manifiestan los habitantes de este país, el que, sin duda, debieron conocer previamente los astrónomos, uno de los puntos en que más reinan las nieblas, que son casi constantes; pero nieblas densas, extremadamente densas: así, pues, todos estos días, ese enemigo de las observaciones astronómicas, envolvía este sitio, y, con razón temían los señores de la comisión ver defraudadas sus esperanzas: parece que, con el objeto de asegurarlas más, se decidieron á subir á la mayor eminencia, y construyeron, ó comenzaron la construcción de un edificio de dos cuerpos; pero la comisión, á quién parece que ha perseguido la desgracia hasta el último momento, vió venir á bajo el edificio, cuando iba á extender la techumbre. Volvió, pues, al punto más bajo, donde se halla un santuario.

A M. Leverrier dicen que pareció esto mal tambien cuando llegó (antes se dice que le indicaron esto mismo, y contestó se estuviese á lo ya acordado) pero despues se conformó con el sitio; por último y para abreviar, pues el tiempo urge, en la misma mañana, viendo lo denso de la niebla que no permitía esperar se despejase el horizonte, á las siete y media, dispusieron los jefes de esta comisión Sres. Leverrier y Novella, irse con la música á otra parte, y cargando con la mayor parte de los instrumentos (los que eran de fácil transporte), se fueron en busca del sol, si lo han hallado y han podido hacer con fruto sus observaciones, cosa es que ignoro; pero á falta de aquellas, tendremos las de los señores que han quedado aquí, pues el sol, que no ha querido pase desapercibido su eclipse, para los que tantas molestias hemos sufrido en la venida y sufrimos en la estancia ha tenido bastante fuerza para eclipsar la brumosa niebla, y ha permitido á los sábios observar, y ver á los curiosos este acontecimiento.

Repito que el tiempo urge para que estos mal coordinados renglones vean la luz en la próxima Crónica del domingo; así voy á concluir aquí dejando para otro día dar noticias más detalladas tanto de las observaciones astronómicas que pueda conseguir, como en otros muchos puntos dignos de ser referidos, tanto por lo curioso, como por otras razones no de poca importancia que fuera bueno tener en cuenta en lo sucesivo.

En conclusión: á pesar de las pocas esperanzas y del mal tiempo, y hasta casi estoy por decir de los que eligieron el sitio, (que como se decía hoy por aquí, más apropósito parecía para dar un chasco á los curiosos, que para ver nada) se han hecho observaciones, cuyo resultado sabremos pronto.

De Vds. afectísimo S. S. Q. B. S. M.—A.

## REVISTA DE MADRID.

22 DE JULIO DE 1860.

La exposicion de Bellas Artes parece cosa resuelta; de modo que el otoño próximo, á pesar de los pesares, podremos comparar los adelantos que hayan hecho los expositores de la anterior exhibición, que en honor de la verdad prometia óptimos frutos, si hemos de juzgar por las apariencias.

Segun el programa inserto en la *Gaceta*, el gobierno concede:

A la pintura de *historia* un premio de primera clase, dos de segunda y cuatro de tercera.

A la de *retrato*, uno de primera y otro de segunda.

A los demás *géneros* de pintura, uno de primera, dos de segunda y cuatro de tercera.

Aquí empezamos á padecer.

Si el eclipse no ha enturbiado nuestro entendimiento, lo que se desprende del dichoso programa es, que se trata de dar una superioridad, mejor dicho, una importancia á la pintura de *retrato* que jamás ha tenido, y que no debe tener por ningun concepto.

Los retratos es cosa innegable, que nunca se han considerado por los inteligentes, de tanto mérito como los cuadros de *historia* y si de ménos importancia que los *género*. Vano creemos el objetar, que estas observaciones se fundan en la equivocación—que por desgracia hemos oído repetir en las presentes circunstancias por algunos artistas de mérito—de creer, que en el reglamento se asigna categoría á este ni á ningun otro género ó ramo de las bellas artes.

Bien se nos alcanza que si hay categorías, estas serán las que crea oportuno establecer el jurado, al fijar el valor de los premios, segun leemos en el artículo 14.

Pero, ¿se salva con esto la importancia á que se eleva la pintura de *retrato*?—Creemos que no. Y lo que es peor aun, que se amengua el mérito de la pintura de *historia*.

Y si á estas consideraciones se agrega la de que los cuadros de *género*, por las circunstancias especiales en que se encuentra España en estos momentos en materias artísticas, serán mayor en número y menores los premios que los de *historia*, pues nadie ignora que esta clase de pintura necesita para desarrollarse el estudio asiduo y la protección del gobierno, cosas de que les privaban nuestras disensiones y trastornos políticos. Si á estas consideraciones se agrega, repetimos, el tener que luchar y compartir sus triunfos con los cuadros de *paisaje*, *perspectiva*, *bodegones*, *flores*, y demás que enumera el reglamento, tendremos, que este género tan atendible por las obras maestras que nos legaron los grandes artistas que lo han cultivado, y el más extendido en nuestro país, es otro de los que peor librados han salido de las manos del confeccionador del programa para la próxima exposicion.

La pintura de *género* y de *retrato*, dícese, tienen la cualidad comun de que en uno y en otro es intolerable la medianía. ¡Qué cosa más natural que no aspiren á una primacía que podría disputarle su gemelo el paisaje, que tan admirablemente sabe combinarse con la pintura de historia en la paleta del Pusino y en la actualidad en la de Rosa Bonheur y Troyon!

Ahora decimos nosotros, ¿está la pintura en España en estado tan floreciente para rebajar, como indudablemente se hace en el reglamento, á sus hermanas menores, y concederles una parte tan exigua de los primeros premios, y estos de un orden inferior?

¿Será una verdad la justicia é imparcialidad con respecto á la clasificación de esos, que no produzcan descontentos y no levanten murmuraciones que quisiéramos ver siempre desterradas de las exposiciones, y lo que es más, que solo se aprecie al mérito?

Si hemos de ser grandes como lo fuimos otro tiempo, por cierto no muy lejano, si en la historia brillante

de nuestras artes, y sobre todo en la pintura, hemos de mantener en su lozanía los laureles de Murillo y de Juan de Juanes, de Velazquez y del *Spagnoletto*, es preciso que el gobierno les preste una especial atención y les tienda su mano protectora.

Mucho se ha hecho con las exposiciones, mucho hemos adelantado en pocos años. Pero esto no es aun bastante.

A do quiera que tendemos la vista, solo contemplamos al hombre soñando con el mecanismo universal, que todo lo invade, que todo lo domina.

La raza anglo-sajona, la última recién llegada á la civilización, y que aspira modestamente á la conquista del imperio, ha hecho desde hace algunos años demasiados prosélitos en nuestra madre patria. Esos monstruos de hierro que obedecen con mayor docilidad que los caballos más amaestrados, esas máquinas gigantes que funcionan con la regularidad de un cronómetro, y que aumentan de día en día sus proporciones, ¿qué otra cosa harán sino ahogar en embrion nuestros esfuerzos artísticos?

Las ciencias exactas todo lo invaden, y desde más allá del Atlántico nos tienden su mano de hierro, y no está muy lejano el día en que de perfección en perfección arrastrado nuestro antiguo mundo por dos fuerzas contrarias, encuentre su equilibrio dando fin al duelo eterno de la *materia* y lo *ideal*.

Entonces todo se regularizará, todo será metódico, y un resorte gobernará al globo:

Entonces el hombre será una rueda inútil de una civilización montada como un péndulo:

Entonces, cuando haya despedido definitivamente á la imaginación y suprimido la belleza estética, no le quedará á este destronado rey más que pasear, comer, dormir, y aburrirse.

Y si el entusiasmo levanta alguna vez su imaginación hácia el infinito, la palanca de la materia caerá pesadamente sobre él como la roca sobre Sísifo, y la inspiración le devorará como el zorro del lacedemonio.

¿Qué será de nuestras artes liberales dentro de algunos años si sigue esta tendencia entre nosotros, y si no las presta protección el gobierno? ¿Quién se apartará de sus negocios para mirar aunque no sea más que por breves instantes nuestros mágicos lienzos en que están retratadas las aspiraciones hácia lo ideal de nuestra juventud?

Nadie; la máquina será más fuerte que el pensamiento, y el último mecánico será más útil que Alonso Cano, y Lucas Jordan, que Ribalta y Coello.

Bien es cierto que entonces tendrán los pintores el espectáculo de la naturaleza, los pájaros que canten en los bosques y las livianas flores, aunque algo ennegrecidos sus cálices por el humo del carbon de piedra.

La generación actual, si no se detiene en la rápida pendiente porque camina con inusitado descuido, irá á parar á los últimos límites de la locura humana, máscara de otra época arrojada al suelo como un objeto enfadoso y gastado por el carnaval de la razón.

Con sentimiento, amigo lector, nos apercibimos al concluir de trazar las anteriores líneas, de que nos hemos traslimitado en el campo de las apreciaciones, y de que ya es tiempo de entrar en nuestro fácil camino, y de decir algo de lo que pasa en la muy heroica y leal villa de Madrid.

La primacía, entre todos los sucesos, le toca de derecho al eclipse que tuvo lugar el 18 con gran contento de todos.

Animado y por demás pintoresco era el espectáculo que presentaba la antiquísima Puerta del Sol.

Un sin número de hombres, mujeres y muchachos del pueblo, medió calcinados por un sol de julio, corrían presurosos á tomar puesto alrededor de la improvisada fuente que muy ajena al suceso, arrojaba de sus surtidores arroyos de agua á una altura prodigiosa, cayendo en vaporosa espuma en el ancho pilón, que como un eterno manantial de recreo y de frescura, trasfor-

ma aquel sitio tan árido y tan feo, en un oasis en medio de un desierto.

El pensamiento de la fuente en un punto tan céntrico y concurrido, y cuyo ruido se confunde con el de una cascada, no deja de carecer de originalidad, pues al ménos los concurrentes á matar el tiempo en sus avenidas, lo pueden llevar á efecto de un modo ménos prosaico. En nuestra humilde opinión, el rumor del agua al caer de una altura no deja de ser poético.

A la hora anunciada y sin hacerse esperar dió éste principio, y *Ubi Troja fuit*.

Allí era de ver como toda aquella inmensa muchedumbre con un ardor digno del gran fenómeno que se representaba en el cielo, levantaba sus ojos al firmamento cubiertos de cristales más ó ménos bien ahumados, mientras los pañuelos y otros objetos de mayor cuantía se eclipsaban entre las manos de algunos individuos, que no tenían necesidad de lentes ni telescopios para observar aquel fenómeno terrestre.

El eclipse se hizo sensible á la una y 35 minutos, llegó la sombra á su mayor incremento á las dos y 50 minutos, pues de doce partes del sol solo una quedó descubierta, y á las cuatro ménos un minuto terminó.

La contemplación del fenómeno era verdaderamente magnífica, pues la opaca claridad que la luz del sol proyectaba en el paisaje y en los edificios mirados al través de cristales de colores, sorprendió por sus delicados efectos sobre todo desde el Observatorio astronómico y el nuevo paseo del Retiro, puntos que se vieron muy favorecidos por un inmenso gentío desde las las doce y media de la mañana, y que como más elevados, pudo sacarse mejor partido de esta nueva clase de estudios pictóricos.

Si en los teatros no se representa, en cambio se habla mucho de ellos, y váyase lo otro por lo uno.

Dos son las compañías de zarzuela que se disputan hasta ahora el coliseo de Novedades para la próxima temporada, y este es el momento que aun no sabemos por quién quedará el campo.

Y ya que hablamos de zarzuela bueno será que digamos, que si no estamos mal informados, el Sr. Salas tiene ya en ajuste á los artistas Caltañazor, Carbonell, Obregon, Fuentes y Arlerius, y que piensa ajustar á las señoritas Ramos é Iradier.

Respecto á el Principe el Sr. Delgado tiene ya firmada la escritura de Fernandez (D. Mariano), estando *comprometidas* para el mismo teatro la señoras Lamadrid, Alvarez, Marin, Valverde y Campos, y los señores Pizarroso, Calvo y Olona (D. José).

La empresa de este teatro se propone á abrir sus puertas al público á principios de setiembre, para cuyo fin los ensayos de las obras dramáticas empezarán el 1.º de agosto.

Y finalmente, segun los aficionados, á los juegos hipicos, trátase de que en la próxima canícula, durante cuyo tiempo se suspenden segun costumbre las corridas de toros, la compañía ecuestre de M. Price verifique funciones de gran espectáculo, y pantomimas alusivas á la reciente campaña de África, á cuyo fin cuenta ya con el redondel de la puerta de Alcalá y con más de cuatrocientos comparsas.

Falta hace ya de que M. Price, que tan favorecido se vé por lo más escogido y elegante de la buena sociedad madrileña procure dar variedad al espectáculo de la calle de Recoletos, que se hace de día en día más monótono, si quiere atraer al público que se muestra un sí es no es cansado del poco interés que ofrecen las actuales funciones de caballos.—VICENTE CUENCA.

Por todo lo no firmado,  
El secretario de la redacción, VICENTE CUENCA.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1860:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de J. M. Rosés,  
Magdalena, 38, principal.

# Crónica de ambos Mundos,

REVISTA SEMANAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO I.

DOMINGO, 22 DE JULIO DE 1860.

NÚM. 8.

## SUMARIO.

*Crónica general.*—De la revolucion de Italia, por D. Juan Valera.—Historia de la restauracion del poder temporal de los Papas en el siglo XIV, conclusion, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Recuerdos de la campaña de Africa, por don Gaspar Nuñez de Arce.—El Beso de Judas, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Discurso de D. José Moreno Nieto.—Nueva eleccion de Presidente en los Estados-Unidos, por don J. S. Bazan.—Eclipse de 18 de julio.—Revista de Madrid, por D. Vicente Cuenca.

## CRÓNICA GENERAL.

### I.

Verificada la modificacion ministerial con la salida del general Mac-Crohon del ministerio para Filipinas, y la entrada del Sr. Zabala en este despacho, viniendo de la Direccion de Caballería; instalada ya la corte en el Real sitio de San Ildefonso, á donde, como es natural, la han seguido cortesanos, pretendientes y los que sin serlo gustan de mantenerse siempre cerca de la fuente del favor; desiertas las Cámaras y abandonado, en fin, Madrid por lo más escogido, ó al menos por lo más bullidor y desasosgado de su habitual sociedad, íbamos temiendo que habia de faltar materia á esta primera parte de la CRÓNICA, la cual destinamos por lo comun á tratar los asuntos de la política interior. Y sin embargo, algo tenemos que contar, aunque de naturaleza poco agradable y que requiere seamos muy parcos en comentarios.

La *Gaceta* del lunes 16 publicó un real decreto escrito en términos breves y secos, por el que se separaba á D. Manuel Yañez Rivadeneira del cargo de director general de Consumos, casas de Moneda y Minas. Poco despues se supo, que el director separado habia sido reducido á prision, así como otras varias personas de ambos sexos y diversa posicion social, y que se le acusaba de cohecho, es decir, de vender empleos al mejor postor. El caso se contaba desde un principio con muchos pormenores, segun los cuales resultaba al parecer bastante fundada la acusacion. Han comenzado las actuaciones en esta causa, y nosotros, para no agravar la situacion de los que están comprometidos, nos abstenemos de repetir algunos detalles que corren de boca en boca, con leves variantes. Diremos solo que se ha hablado de un sério disgusto que ocurrió hace ya tiempo entre el empleado depuesto y el ministro del ramo, y que los favorecedores de aquel, ó los enemigos de éste, que viene á ser lo mismo, sin afirmar la inocencia del primero, procuran dar á entender, que á no ser por la mal apagada discordia entre ambos, no hubiera sido tanta la severidad empleada con el último. Esta especie nos parece muy aventurada, entre otras cosas porque, segun tenemos entendido, la iniciativa en el asunto no la tomó el ministro de Hacienda sino el gobernador de Madrid; y porque no se aviene con el carácter que por lo comun se le atribuye al Sr. Salaverría. Se admiran otros de que no se haya descubierto antes este caso, y de que, descubierto, no lo sean al mismo tiempo otros muchos de la

misma indole, que aseguran existen. Por nuestra parte juzgamos tambien muy conveniente la severidad; pero en materia tan delicada es preciso proceder con mucho tino y solo cuando hay seguridad de obtener pruebas convincentes, lo cual, como todo el mundo sabe, es en extremo difícil. Ciertamente queda el recurso de la separacion de aquellos empleados, de quienes sus jefes tengan fundado motivo de desconfianza, y á quienes la opinion pública denuncia; mas la separacion, en estas circunstancias, equivaldria á una nota infamante, y por consiguiente no seria justa. Sin embargo, el ministerio debe ser inexorable en esta materia, porque la inmoralidad en la administracion, aun cuando sea presumida del público más que real, daña en gran manera á los gobiernos y es una de las causas de las revoluciones. De esto tenemos una triste experiencia en España, que no debemos olvidar nunca. Y tal vez la mala semilla que entonces se exparcó en todas direcciones con pródiga mano, es la que ahora produce estos retoños; porque el ejemplo es poderoso, y los que en la época á que nos referimos vivieron cerca de los que lo daban, tuvieron muy buenos modelos en que aprender, y han tenido luego ocasion de ver cuán fácil es lograr en esta clase de delitos la impunidad. En cuanto al proceder del ministerio en este asunto, la opinion general es, que ha dado un ejemplo saludable y que ha cumplido con su deber; por esto dicen muchos, que la notoriedad del caso no le daña, y es cierto; pero daña al Gobierno, y le dañará siempre, aun la más leve sospecha de inmoralidad en la administracion; razon por la cual, todo rigor será poco en estas materias. No faltará quien achaque á vicio del sistema político bajo el cual vivimos, las concusiones de algunos empleados, pero el ejemplo del Austria, los suicidios del general Eynatten y del ministro Bruck, motivados como sabe todo el mundo, por el descubrimiento de fraudes considerables en la administracion del imperio; y aun el de la Francia misma bajo el gobierno de Luis Napoleon, prueban, que la inmoralidad brota más fácilmente cuando la libertad es comprimida; porque entonces la sed de goces materiales es mayor, y porque no hay que temer la censura pública.

Tal es el suceso que ha compartido con el eclipse solar la atencion del público madrileño en la pasada semana. Tambien podemos mencionar entre las novedades que ha ofrecido esta, la publicacion de un folleto del ex-ministro de Hacienda D. Luis María Pastor titulado, *La política que expira, y la política que nace*. La política que expira es, segun el autor, la del *Feudalismo parlamentario*, la del fraccionamiento de los partidos, la de la centralizacion administrativa; y la política que nace es la de la *Economía política aplicada*; descubrimiento que ha sorprendido al público, porque si bien teniamos todos una alta idea de la ciencia de Smith y de Say, como auxiliar de la filosofía, de la moral y de la política, no sospechábamos que pudiera ser la filosofía, la moral y la política mismas. El folleto del Sr. Pastor, del que nos ocuparemos con más extension en otro número de la CRÓNICA, comprende dos partes; la primera es puramente critica, donde el autor, exagerando notablemente las cosas, hace una pintura poco alhagüeña del

sistema representativo; en la segunda quiere afirmar alguna cosa, que sustituya á lo que acaba de maltratar y saca á luz lo de la *Economía política aplicada*, que no deja de ser descubrimiento. A decir verdad, creíamos nosotros, que la economía política era una ciencia experimental, que observaba los hechos y deducía *a posteriori* las consecuencias, sin meterse en más honduras; y que, cuando alguna luz necesitaba para guiarse mejor en sus trabajos, acudía á la filosofía, á la moral y á la política, las cuales la prestaban sus principios y demostraban la necesidad de subordinar á ellos los descubrimientos, que la experiencia la procurase. Pero el Sr. Pastor, hallando sin duda más cómodo estudiar la filosofía, la moral y la política en Bastiat y Molinari, que en Kant, Hegel, Guizot ó Remusat, ha creído que los trabajos de aquellos economistas bastan y sobran, no solo para satisfacer el ánsia de luz del espíritu más poderoso, sino tambien para crear una política nueva: de donde se deduce que el Sr. Pastor no recuerda bien lo que es la política científicamente definida, no obstante haber sido ministro de la Corona.

Pero dejemos asunto que merece ser tratado más despacio, y ocupémonos del artículo publicado en el *Constitucional*, diario francés imperialista, por M. Gradguillot, sobre la insistencia con que los adversarios de Luis Napoleon procuran alarmar á la Europa, suponiendo á éste miras ambiciosas y tendencias á extender ilimitadamente las fronteras de la Francia. Parécenos sin embargo, que esta suposicion no carece del todo de fundamento, al ménos en lo que concierne á los países bañados por el Rhin; pero nos hallamos más dispuestos á aceptar las observaciones del periodista francés en lo que concierne á España, pues solo suponiendo á Luis Napoleon muy mal político, se concibe que piense en empresa en que habria forzosamente de estrellarse y de poner en grave riesgo su corona. De todos modos, M. Grandguillot procura tranquilizar á las naciones alarmadas, ni más ni ménos que su soberano lo intentó en Baden; y respecto de nuestra patria, afirma que el emperador la profesa la más alta estimacion, y que reclama para ella el rango de potencia de primer orden. La *Independencia belga* ha confirmado, en efecto esta noticia, asegurando que Luis Napoleon pedia la admision de España en el congreso europeo á título de quinta ó sexta gran potencia de Europa. Laudable es esta deferencia de parte del emperador de los franceses: pero el rango en que quiere colocarnos, há tiempo le teniamos ganado; y por otra parte, lo que hace grandes y poderosas á las naciones es su fuerza en el interior y su carácter en el exterior; y esto, no lo dan ni lo quitan declaraciones oficiales. Sin embargo, honroso seria para España tomar asiento en el primer congreso al lado de las grandes potencias, y bajo este aspecto, la solicitud de Luis Napoleon es digna de tenerse en cuenta, sin olvidar por eso, que la prudencia aconseja mantener cierta reserva en nuestras relaciones con un vecino tan fuerte como ambicioso.

## II.

Las noticias de Italia son la mayor parte de las veces contradictorias; pero al través de ellas, se ven con claridad dos cosas; que el rey de Nápoles encuentra gran resistencia á su nueva política constitucional, y que el Piamonte hace cuanto puede para rechazar la alianza con Francisco II. Los desterrados políticos acuden en considerable número á su patria, cuyas puertas les ha abierto la última amnistia, y con su llegada aumenta en fuerza el partido revolucionario. Natural es, que un largo destierro y padecimientos de todas clases, hayan enagenado á la dinastía reinante el ánimo de los emigrados. El que acaba de salir de una prision, el que vuelve de un presidio, donde se vió confundido con los criminales y tratado quizás peor que ellos, el que pisa la tierra en que nació, trás de quince ó veinte años de miseria y de sufrimientos en extraños países, mal pue-

de ver las cosas de color de rosa, y depositar su confianza sin recelo alguno en el hijo del monarca que le persiguió. Y sin embargo, no solo á Europa, sino tambien al mismo reino de Nápoles conviene que el sistema constitucional se arraigue en este país, porque solo él puede evitar esa unidad italiana, que todo el mundo cree seria efimera y ocasionada á grandes peligros. Los temores que inspiran la vuelta de los emigrados y el influjo que estos hombres, notables muchos por su talento y energia pueden ejercer en la opinion pública, han producido una crisis ministerial. Algunos de los ministros se oponian á que se diese libre entrada en el capital á un elemento tan peligroso, y querian precauciones; otros rechazaban toda medida preventiva, y la crisis llegó á punto, que se dijo, que todo el ministerio napolitano, excepto su presidente Spinelli, habia hecho dimision; noticia que posteriormente no ha sido confirmada.

Por su parte, la corte no tiene más que un medio de evitar la ruina de la dinastía, y es la adhesion sin límites al régimen que ha adoptado, y la de estudiar bien y poner en planta con constancia todas las leyes y medidas que son necesarias para que aquel se afirme. Una de las causas del triste resultado que tuvo el movimiento liberal de 1848, fué el haber consentido por jefe al ministro Bozzelli, hombre versado en los autores clásicos, declamador elocuente, pero poco instruido en derecho político, é incapaz de formular las leyes que el país necesitaba. Así fué, que su inaccion, su impotencia para dirigir el movimiento y sustituir al orden antiguo de cosas, uno nuevo, bien establecido, desalentó á los liberales, hizo inútiles sus esfuerzos y dió lugar, á que llegado el calamitoso dia 15 de mayo, todo se perdiese en pocas horas. En España ¿cuántas veces hemos presenciado una cosa parecida?

Por fortuna los hombres políticos de Nápoles han aprovechado, al parecer, las lecciones de la experiencia; y el nuevo ministerio de Francisco II ha procedido con tino en todas las medidas adoptadas hasta el presente. Mas no basta que el ministerio obre de buena fé, y con propósito decidido de cumplir su mision; es preciso tambien que la familia del monarca, no mantenga en el seno mismo de la córte, un centro favorable á la reaccion, y desgraciadamente se ha repetido, que la reina viuda, retirada con sus menores hijos á Gaeta, conspira para que Francisco II anule las concesiones hechas. Á estas intrigas se atribuye una especie de motin militar, ocurrido en las calles de Nápoles, donde algunos grupos de soldados de la Guardia real han cometido excesos á los gritos de *Abajo la constitucion!* El motin fué fácilmente aplacado, y el rey mismo recorrió á caballo la ciudad y arengó á las tropas en sus cuarteles, excitándolas á la fidelidad á las nuevas leyes políticas. Es singular lo que se parecen unas á otras, la mayor parte de las revoluciones modernas: á juzgar por la monotona y cansada repeticion de unos mismos sucesos, de las mismas demostraciones, así de parte del pueblo como del ejército y de las camarillas palaciegas, ni unos ni otros han aprendido nada con el trascurso de los años y las lecciones de la desgracia; y sin embargo, los monarcas y sus cortes deben saber perfectamente, que no les queda otro partido más que el de adherirse sinceramente á las ideas liberales, y ser constitucionales de buena fé, y los pueblos, por lo que á ellos toca, debian haber adquirido mayor conviccion de su fuerza, y confiando en ella no entregarse á esas exterioridades de la libertad, á esas demostraciones turbulentas, que sirven solo para darles una actitud que engaña á sus adversarios, y les inspira aliento para renovar la lucha á cada instante.

En Sicilia tampoco ofrece la revolucion ningun carácter nuevo, sino que sigue, con leve variacion, los pasos de todas las revoluciones. Despues de la victoria, la desunion entre los caudillos. La que reinaba entre Garibaldi y el representante de la política de Cavour,

Lafarina ha llegado á tal extremo, que el dictador ha creído conveniente expulsar de la isla al primero, juntamente con otros dos italianos, Grisselli y Totti, de quienes se decía que habían sido agentes de la policía napolitana. Garibaldi, entretanto, procura mejorar el tesoro siciliano, contratando un empréstito con dos casas de Milan y Liorna á un tipo ventajoso; y refuerza su ejército con las expediciones, que, casi diariamente salen de Génova. Ultimamente ha recibido un aumento de cuatro á seis mil hombres; y juzgándose ya en disposición de emprender de nuevo la campaña, parece que incorporadas las tropas que mandaba el coronel Médici, se ha aproximado á Mesina.

La situación del Piamonte respecto de Garibaldi, del Papa y de Francisco II, es también dificultosa. No puede ménos de sentir la violencia con que el dictador siciliano ha procedido con Lafarina, ni mirar sin recelo su resistencia á la anexión y la independencia con que al parecer intenta proceder. La dureza y aun la cólera con que, por su parte, trata á los prelados que, obedeciendo los mandatos del Sumo Pontífice, se niegan á acatar los del gobierno sardo, hace cada vez más imposible la avenencia con la Santa Sede, y ensancha la sima que separa á ambos gobiernos, temporal y espiritualmente. El Papa persiste en rechazar todo consejo y toda tentativa para que se adhiera de algun modo al movimiento italiano, se reconcilie con el Piamonte y reforme en sus Estados la administración: no hay esperanzas de moverle á aceptar ninguna de estas medidas; y la conducta del Piamonte es, en verdad, poco á propósito para traerle á tal camino.

El gobierno sardo tampoco se muestra muy afanoso por la idea de la confederación, y si ha aceptado el entrar en negociaciones con Nápoles acerca de este punto, ha sido á más no poder. Nada gana, en efecto, en la actualidad con la alianza con Francisco II, antes le coloca en una posición embarazosa; pero si el interés piamontés rechaza esa alianza, el interés italiano la exige; y el conde de Cavour defiende una política egoísta, que pudiera enagenar por completo á su país las simpatías de una parte de Italia, y el apoyo de las grandes naciones. Francia, Rusia y aun Inglaterra se muestran, en efecto, favorables al proyecto de confederación, y apoyan las gestiones de los plenipotenciarios napolitanos, Manna y Winspeare, que con este objeto se hallan ya en Turin. Las conferencias debieron empezar el 18 del corriente. La misión de aquellos supone desde luego la aceptación de los preliminares sardos, y es por consiguiente, una garantía del buen éxito de las negociaciones y de la fidelidad con que el gobierno napolitano se propone cumplir los compromisos contraídos para con el pueblo.

Los sucesos de Oriente, donde la población cristiana ha sido inmolada al odio de los musulmanes en Saida, en Beiruth y en Damasco, perdiendo la vida el cónsul inglés, siendo herido el norte-americano, y obligados los demás á acogerse á la protección de Abd-el-Kader para salvar sus vidas, han llamado extraordinariamente la atención de la Europa, distrayéndola un tanto de los asuntos de Italia. Los desastres de los cristianos en Siria no tienen hoy el carácter de sucesos aislados, producidos por la rivalidad de las diversas razas que pueblan aquellos países, sino el de una conspiración general contra los cristianos, parecida no poco á la que en 1857 extalló en la India contra los ingleses. Francia é Inglaterra envían fuerzas de mar y tierra para castigar á las poblaciones donde se cometieron aquellos horribles desmanes; y por su parte el gobierno otomano procura disimular su impotencia enviando á los mismos puntos comisarios especiales, acompañados de algunas fuerzas regulares. Pero esta cuestión requiere más tiempo y más espacio del que hoy podemos dedicarle, y la exami naremos otro día con toda la atención que reclama.—Madrid 21 de julio de 1860.

## DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

### II.

Rápidamente, ya que no permiten mayor extensión las dimensiones de este periódico, hemos tratado de explicar las causas principales del descrédito en que cayó en Italia el partido neo-güelfo ó de Gioberti. En vano este filósofo entusiasta se había esforzado por dar nueva vida á la preponderancia política del pontificado no solo en Italia, sino en el mundo; en vano revivía la memoria de Gregorio el grande constituyendo la confederación itálica, de Gregorio II declarándose presidente y jefe de las ciudades que sacudían el yugo de los longobardos y de los griegos, de Gregorio VII, que humilló á los emperadores de Alemania y de Alejandro III, que dirigió, consagró y bendijo aquella liga, vencedora de siete poderosos ejércitos germánicos. En vano se recordaban la energía, el valor, el patriotismo y las virtudes guerreras de otras épocas de ménos gloria para Italia, aunque para el pontificado igualmente gloriosas; y en vano se traían á la memoria las hazañas de Julio II y hasta las bizarrías de Clemente VII y de Pablo IV, amenazando el uno á Carlos V con la guerra para defender *la libertad de Italia en la cual, decía, consiste el honor y la seguridad de la Santa Sede*, y proclamándose el otro con marcada intención política *in excelso militantis ecclesie trono super gentes et regna constitutus*, bizarrías ambas á que dieron lastimosa y airada respuesta Borbon y el duque de Alba. En vano se procuraba dar un colorido liberal y patriótico á la resistencia pasiva, pero noble, de Pio VII contra el tirano de Europa. En vano, por último, no considerando que eran otros los tiempos, animó una inmensa esperanza, con el advenimiento de Pio IX, á todos los corazones italianos. Pio IX se vió obligado á disiparla; Pio IX tuvo que decir á los diputados que le pedían la guerra contra el extranjero; *pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal, sino por ser el asiento de la Iglesia católica*.

Estas palabras fueron la abdicación terminante de la preponderancia política del Papa: abdicación que no hizo Gregorio VII desde su destierro de Salerno, ni cuando Roberto Guiscard saqueaba á Roma; abdicación que no hizo Clemente VII, prisionero de Carlos V; abdicación que no hizo Pio VII cuando tan indignamente fué arrancado de su trono y llevado lejos de su patria, sin que hubiese un italiano que saliese á su defensa: pero abdicación ya necesaria en nuestros días, en los cuales las naciones adultas, si en las cosas de la fé pueden y deben seguir sometidas al jefe de la Iglesia, rechazan á veces su dominación temporal y aun muchas se asombran de verle contender por ella con todo ahinco y sin perdonar medio alguno.

Esta abdicación, por otra parte, era en extremo conveniente para desvanecer los ensueños ambiciosos de los italianos. Roma, ni con un tribuno como Arnaldo da Brescia ó Rienzo, celebrado por Petrarca, ni con un buen emperador, como Dante quería, ni con el Papaprincede, como había pretendido Gioberti, era ya la Roma que inspiró este verso á Virgilio:

*Tu regere imperio populos, romane memento.*

Roma no era ya grande sino por ser *el asiento de la Iglesia católica*, y por sus recuerdos y sus ruinas. Para acometer, pues, la grande empresa, no ya de reconquistar el mundo sino de unir y libertar á Italia, eran menester otro pueblo y otro príncipe que los de Roma.

El mismo Gioberti, aunque infatuado con la política preponderancia romana, hubo de reconocerlo hasta cierto punto, designando al príncipe sabaudo como jefe de la acción y dejando el pensamiento al Papa. «Vos, le dice á Carlos Alberto, estais armado y puesto sobre el límite de la península para rechazar con una mano á los extranjeros, y para convidar con la otra y llamar á vos á los príncipes y á los pueblos. Y damos por cierto, que en tal caso, vuestra virtud haría por nuestra

patria lo que, un siglo há, hizo por la suya Federico de Prusia, cuando con un pequeño ejército se defendió contra toda Europa; y que renovaría los milagros de heroica constancia con que un antepasado vuestro salvó la capital y el reino, cuando más enemiga se mostraba la suerte. Por lo cual, valeroso príncipe, espera la Italia que nazca de vuestra estirpe su redentor: y se atreve á dirigiros las siguientes palabras, que un italiano libre (Machiavelli) dirigia hace tres siglos á un su eminente compatriota: *Ponga mano vuestra ilustre casa en este negocio, con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se acometen las empresas justas, á fin de que bajo vuestra bandera sea nuestra patria ennoblecida, y bajo vuestros auspicios se verifique lo que dijo Petrarca:*

*Virtù contra il furore,  
Prenderà l'arme é fia il combatter corto,  
Che l'antico valore  
Neg l'italici cor non é ancor morto.»*

Y no fué solo Gioberti; los liberales todos de Italia, salvo algunos exagerados demócratas, reconocieron en el Piamonte lo que ahora se llama la *hegemonía*, esto es, la fuerza, la misión, el derecho del predominio. El Piamonte era la Macedonia de aquella nueva Grecia; Cárlos Alberto debia imitar á Filipo: acaso hubo italianos apasionados y fervorosos que imaginaban ya ver en su hijo á un Alejandro. En suma, no hubo medio que no se emplease para excitar la ambición de la casa de Saboya. Hasta se acuñó una medalla con un león que apretaba entre sus garras al águila austriaca, y con la efigie de Cárlos Alberto, que llevaba esta leyenda: *aguando mi estrella*. El mismo Radetzki agujoneaba á aquel príncipe á combatir contra él, apellidándole, en son de burla y de desprecio, *futuro rey de Italia*.

No negamos que la casa de Saboya ha sido siempre ambiciosa; pero muy á menudo ha justificado su ambición con grandes hechos. Nosotros, españoles, no podemos olvidarlo, sin olvidar la victoria de San Quintín. Nosotros no decimos como el famoso Spínola, «que no se comprende por qué ceguera la España y la Francia, en vez de empeñarse en continuas guerras por el Duque de Saboya, no se pusieron nunca de acuerdo para dividirse sus estados, y acabar con una potencia pequeña y egoísta, que no reconocía otro derecho que el de la fuerza, no se creía ligada por ningún tratado y estaba siempre pronta á poner fuego á Italia á la menor esperanza de engrandecimiento (1).»

Indudablemente, la casa de Saboya ha pensado siempre en engrandecerse, y en esto se asemeja á otras muchas casas, á todas las casas soberanas: pero en nuestra época, creemos que su ambición, en un principio al ménos, ha sido sobradamente motivada y justificada. Los actos que de esta ambición debían seguirse, fueron, hasta para los italianos más prudentes, hijos de la necesidad, y más que prematuros, tardíos. Los príncipes todos de Italia habían dado ya libertades á sus pueblos, los austriacos habían ya ocupado á Ferrara, violando los tratados, y trayendo sobre sí la protesta del Papa, y el príncipe de Metternich había escrito ya su insolentísima carta al gran Duque de Toscana, llamando *absurdas* las reformas, oponiéndose á que se hicieran, y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentario á la independencia de todos los Estados de Italia: el Papa era liberal; el Gran Duque de Toscana era liberal, y ambos estaban ya desavenidos con el Austria, y el rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese, cuando Cárlos Alberto tuvo que decir, que estaba pronto á refrenar la *insolencia del extranjero*, y tuvo que dar á su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Más que adelantarse, quiso el rey de Cerdeña aparecer en esto reacio; más que tomar la iniciativa,

(1) Victor Cousin. La jeunesse de Mazarin.—Palabras citadas con aplauso por *La civiltà cattolica*, entre cuyas virtudes no resplandece el patriotismo.

quiso aparecer como movido por extraño impulso y por imprescindible necesidad. Su amigo querido César Balbo, á quien, á pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas esperanzas, había tenido el rey lejos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entonces, lleno de alegría: *por último.... veintisiete años hacia que estaba esperando en Cárlos Alberto* (1). Pero Cárlos Alberto, si correspondió á esta esperanza, fué, como hemos dicho, después que la necesidad parecía que le impulsaba á ello, y después que los milaneses, habiendo logrado, en cinco días de un batallar heroico, arrojar de Milan á los austriacos, le llamaron en su auxilio.

Conocidos son del mundo todo el progreso y término infelicísimo de las dos campañas que hizo Cárlos Alberto por la libertad de su patria. Los celos y rencillas de los otros príncipes, más que los excesos revolucionarios, contribuyeron á que todo se perdiera. El rey abdicó y murió de dolor en tierra extraña: la integridad del Piamonte se debió á la intercesión de la Francia y de la Inglaterra, y la paz se compró por la enorme suma de 70 millones de francos. Con tan tristes auspicios se ciñó Victor Manuel la corona. Victor Manuel sofocó, sin embargo, pronta y enérgicamente la sublevación de Génova, é hizo reinar el orden en sus Estados sin destruir la libertad, como hicieron otros príncipes, prevaleiéndose de los desmanes revolucionarios para faltar á sus juramentos.

Mientras que el rey de Nápoles encarcelaba ó declaraba traidores y viles al ministro Bozzelli, que había redactado la constitución, y á cuantos se habían mostrado liberales y patriotas, en el Piamonte se levantaba una magnífica estatua á César Balbo, el cual siguió muy de cerca á mejor vida á su desgraciado amigo y señor, al que él mismo había llamado *sommo martire dell' indipendenza, somma vittima dell' invidie italiane* (2).

Victor Manuel, á pesar de tantos desengaños, ni renegó de la libertad, ni desesperó de la salud de la patria, y mientras que los otros príncipes doblaban la cerviz al yugo austriaco, y eran dóciles instrumentos de la política de los extranjeros opresores, cifrando en ellos la seguridad y duración de la propia tiranía, él hizo que en su reino prosperasen las libertades constitucionales, y se preparó á nueva lucha de más seguro éxito.

Un eminente hombre de Estado, el Conde de Cavour, le secundaba en esta empresa. Al propio tiempo que el

(1) Sabido es que el mismo César Balbo no quería la guerra, sino las reformas liberales, la liga pacífica entre los príncipes italianos y la futura independencia de los estados sujetos al Austria, también por medios pacíficos, como ya hemos dicho; Gioberti no era más belicoso, lo cual les valió á él y á Balbo, el siguiente epigrama:

*Italia mia, no é, s' io scorgo il vero,  
Di chi t'offende il difensor men fero.  
Grida il Gioberti, che tu se' una rapa  
Se tutta non ti dai in braccio al Papa:  
E il Balbo grida: dai tedeschi lurchi  
Liberar non ti possono che i turchi.*

Quando Balbo quiso y hasta hizo la guerra, fué porque ya no había otro remedio: ni él ni su señor la promovieron. Tampoco contribuyó el Piamonte entonces á que saliesen de sus Estados el Papa y el Gran Duque de Toscana. Nadie ignora, por el contrario, con qué afán Gioberti, siendo ministro, trató de que ambos soberanos fuesen restablecidos por las armas piamontesas, así por amor al Padre Santo, así por evitar que fuese, como fué, violentísima la reacción, como por no ver, como vió, hollado por soldados de varias naciones extranjeras el corazón de Italia.

(2) Véase *La libertà en Italie* de Gaillard. Balbo era de familia nobilísima. Cincuenta de esta familia combatieron en Legnano. El con sus cinco hijos, combatió en Pastrengo. Uno de sus hijos ha servido en Crimea de soldado raso.—La estatua de Balbo se hizo por suscripción, como aquí la de Mendizabal, y ora sea porque aquel italiano valia más que nuestro español, ora por que *l' invidie italiane*, de que él se quejaba, no son tan eficaces como las muestras, lo cierto es que nadie se opuso allí á que la estatua se erigiera, y que los diputados piamonteses, aunque Balbo cuando murió era de la minoría, le votaron por unanimidad exequias nacionales.

país se reorganizaba, ganaba nombre y crédito entre los extraños. La bandera constitucional del Piamonte, con los tres colores italianos, volvía á ondear gloriosa en el sangriento campo de Tchernaiá. El conde de Cavour tomaba despues asiento en un congreso europeo. El Piamonte, aquel pequeño Estado, se colocaba en medio de las grandes potencias de Europa, y hacia oír su voz y abogaba por la causa italiana. Por un augusto enlace estrechaba, por último, su alianza con el emperador de los franceses, y tal vez, desde luego, le arrancaba la promesa de prestarle su auxilio contra el dominador de la Lombardía.

La ocasion no podia ser más á propósito para que esta promesa se cumpliera. El Austria, á la verdad, gozaba de paz interior y contaba con un ejército numeroso y disciplinado, pero se habia enajenado las simpatías de todas las potencias. No podia esperar socorro, ni de Rusia, hácia cuyo gobierno habia mostrado la más negra ingratitud, hasta el extremo de maravillar al mundo, cumpliendo la profecía del príncipe de Swartzenberg; ni de la Gran-Bretaña, donde el gobierno la miraba con despego por su conducta en la guerra de Oriente, y en las inmediatas negociaciones diplomáticas y donde el pueblo, tan amante de la libertad aun en los otros países, cuando esta libertad no se opone á su propia dominacion y al interés de su comercio, la aborrecia por sus excesos en la reaccion, habiéndolo mostrado hartamente, y faltando á las leyes de la hospitalidad, con un famoso general austriaco, á quien se acusaba de verdugo azotador de mujeres: ni tal vez, por último, de los otros Estados alemanes, donde, á pesar del lazo federal, la Prusia, conteniendo por la *hegemonía* e influyente si no predominante, ya que no desease, era de presumir que viera con íntimo deleite la humillacion de su rival.

El emperador de Francia hubo de comprender entonces que, sin el más mínimo recelo de coalicion y con poca probabilidad, cuando no certidumbre, de materiales provechosos, podia desenvainar la espada, hartar de gloria á su pueblo, siempre sediento de gloria, rodear y proteger la cuna de su hijo con nuevos laureles, ganarse la voluntad de los liberales, favoreciendo una causa tan de ellos, y salir, aunque tarde, por primera vez á campaña para igualar ó superar las de su tío. Este plan, sin embargo, se hubiera frustrado ó dilatado en su cumplimiento por la proposicion de la Rusia de someter al exámen de un Congreso la situacion de Italia, si el famoso *ultimatum* de 19 de abril de 1859 no hubiera hecho que se realizara.

El Austria, despues de aceptar la proposicion de la Rusia, provocó la guerra. Tal vez la movió á ello el mal estado de su hacienda, empeñada, como otras muchas de varias potencias de Europa, en sostener un ejército superior á los recursos de la nacion, lo cual puede hacer preferible á la paz *armada* una guerra, que dé motivo ó pretexto para vivir sobre el país conquistado ó para imponer contribuciones extraordinarias, cargando la mano á las provincias rebeldes (1), ó que traiga por resultado una paz más segura y menos costosa. Tal vez, el emperador Francisco José quiso, como mozo, hacer alarde de sus bríos, y, viéndose con tantos soldados, sintió una irresistible curiosidad de ponerlos á prueba. Tal vez, y esto parece lo más cierto, se originó el *ultimatum* de errados cálculos diplomáticos del Conde de Buol, el cual vió las cosas de muy diferente manera que Napoleon III. Mientras éste entrañaba en el pensamiento de las naciones europeas, el conde de Buol se atenia á las palabras de sus gobiernos y con-

(1) Para saber las inmensas contribuciones extraordinarias, impuestas por el gobierno austriaco á Lombardia y Venecia, así en 1848 y 49, como despues véanse *las cartas á lord Derby*, publicadas por Dentu. Por contribucion de guerra pagaron los italianos, sometidos al Austria, en 1848 y 49 solamente, 88 millones de francos. Solo la propiedad territorial, ha pagado allí en diez años 1,125.770,000 francos

fiaba en ellas, interpretándolas favorablemente. Lord Derby habia puesto en boca de la reina Victoria, al abrir, aquel mismo año, el parlamento, que *mantener la fé de los tratados era el objeto de su constante solicitud*, y el gabinete prusiano habia hecho las más reiteradas protestas de amistad al de Viena, asegurándole que estaba decidido á sostener el *statu quo* territorial de la Italia. Esto bastó, sin duda, para que el Conde de Buol imaginase que la Confederacion germánica, y quizás la Inglaterra, iban á ponerse de su lado; que Europa toda iba inmediatamente á vedar que la paz se rompiera, y que Francia no osaria hacer la guerra contra la voluntad de toda Europa. Así, pues, con el propósito de dar al Austria una posicion más digna y motivo de exigir más en un Congreso, se redactó probablemente el *ultimatum*; pero ni la Confederacion germánica se agrupó bajo la bandera del Austria, ni la Inglaterra salió á la defensa de los tratados, dejándola encomendada á la vocinglería de los periódicos absolutistas, y el Austria en cumplimiento de su amenaza, tuvo que invadir el Piamonte. Napoleon III acudió entonces á la defensa de su aliado con poderosísimo ejército, y se renovaron en Italia la revolucion y la guerra.

No es dado asegurar hasta qué punto deseaba Napoleon III la revolucion en Italia; pero sí, que la deseaba. Al verle ir en apoyo de Victor Manuel, nadie podia dudar de su deseo. La gente de Módena, Parma y Toscana, distraida la atencion de los austriacos á un asunto más perentorio y urgente, habia de sacudir el yugo de los príncipes que en el de los austriacos se apoyaba. Esto era inevitable. El emperador de los franceses debia preverlo. El emperador debia prever asimismo, por que hartamente conocidos le eran el carácter y los antecedentes de los príncipes italianos, que los que cayesen del trono y abandonasen su tierra, habian de buscar un asilo en el campamento austriaco; que el de Nápoles y el de Roma habian de ver con ceño aquella empresa; y que el del Piamonte habia de hacer la más eficaz propaganda para unir á sus Estados los de los otros. Porque mientras estos soberanos se mostrasen, más ó menos descubiertamente, enemigos acérrimos de la patria comun, Victor Manuel habia de combatir denodadamente por ella, compitiendo él y su ejército con los soldados de su poderoso valedor, los cuales se creen, no sin disculpa para tanta jactancia, los primeros del mundo, y haciendo forzosamente del reino de Cerdeña el núcleo y el nervio de la nacionalidad italiana. Por eso puede decir Máximo d'Azeglio (1), aunque con sobrada pasion y dureza para los caidos, no sin cierto asomo de fundamento que «el Piamonte ha hecho la más invencible de todas las propagandas, la del valor, la de la libertad unida al orden, la de la reforma de las leyes, la del honor militar, la del entusiasmo patriótico. Su rey hacia la propaganda en medio de las balas y de la metralla, mientras que los príncipes destronados, despues de haber huido, no de las violencias, sino del desprecio de sus súbditos, se habian pasado al enemigo. Estos príncipes, por su parte, hacian tambien la propaganda, y cada una de las dos propagandas ha dado su fruto (2).»

No seré yo quien sostenga, que para que este fruto

(1) La politique et le droit chrétien au point de vue de la question italienne.

(2) En esta dura y cruel invectiva contra los príncipes destronados, no debe comprender Azeglio al Duque de Parma Roberto, niño aun, bajo la tutela de su madre, que no podia tomar más varonil resolucion en tan lamentable circunstancia. Es muy triste que haya sido desposeido de aquel ducado un niño inocente, pero tambien se ha de atender á que el tal ducado, desde 1751, en que se extinguió la dinastia de Farnesio, ha pasado por más manos, y estas extranjerías, ha sido vendido, cedido y cambiado más veces que cualquier predio rústico urbano, que cualquiera ingenio de azúcar con sus correspondientes negros; por lo cual no es extraño que una vez, al cabo de tantas, tengan voto los parmesanos en la cesion de sí mismos.

madurase, acaso antes de sazón, no empleó el Conde de Cavour artes ménos heroicas é inocentes que las de su monarca: pero en el movimiento que siguió á la entrada del ejército francés en Italia y á sus primeras victorias, habia algo de irresistible y fatal, á que tenia que ceder Cavour mismo. Su responsabilidad es menor desde entonces, por que vá como arrastrado á pesar suyo.

En nada se nota más esta distincion que hacemos de la responsabilidad de la conducta de Cavour, antes ó despues de la guerra, que en la anexion de la Saboya á la Francia. Si la Francia, como aparece, exigió la Saboya, despues de la guerra, no hay pretexto que la disculpe de esta exigencia interesada y opuesta á lo ofrecido, y que deslustra un poco los laureles, ganados sobre el Austria más por miras de ambicion, que por el triunfo de una grande idea, idea que, á pesar de lo prometido, no triunfó tampoco por completo al firmarse la paz de Villafranca: Cavour, sin embargo, queda disculpado, por que cede á una necesidad imperiosa y se humilla ante la ley del agradecimiento. Si la Francia exigió la Saboya antes de la guerra, toda la responsabilidad es de Cavour, y responsabilidad inmensa, ya que por esta cesion, no pocos escritores, si bien parciales, como los de la *Revista de Edimburgo*, acusan al rey de Cerdeña de haber manchado ó roto el escudo de sus armas, de haber renegado de su prosapia y de haber vendido su gloriosa cuna. Por dicha, el rey de Cerdeña halla en este, como en otros puntos, más defensores que contrarios, los cuales defensores, sin desconocer lo doloroso del sacrificio, le dan por bien hecho en tan alta ocasion como la de vengar á un padre, y realizar el pensamiento á que un padre consagró la vida. La nacion italiana tampoco debe vituperar, sino compadecer por esto á Victor Manuel. Claro es que la nacion española condenaria á cualquiera que pensase en proponer la cesion de una provincia á la Francia, aunque fuera á trueque de Gibraltar, de Portugal y de sus colonias: pero la nacion española tiene vida propia y grande y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba la Italia, que ni vida propia tenia sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó á demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre, como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolicion y de reconstruccion en que Italia se halla empeñada, ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solucion; pero si trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Solo repetiremos ahora que sin negar la ambicion del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambicion que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo; ambicion que vá acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rija y gobierne su ambicion con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César tenia siempre en los labios: *bueno es ser justo; más para reinar es permitida la violacion de la justicia.*

J. VALERA.

## HISTORIA DE LA RESTAURACION DEL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIV.

### III.

(Conclusion.)

Mostróse bien en tales circunstancias, y tan apuradas, cuanta fuese la prudencia de D. Gil, y cuál la fortaleza de su ánimo.—Envió mensajeros á las repúblicas vecinas, incitándolas á formar una alianza, capaz de poner dique á los propósitos de los aventureros; y dió extraordinario impulso á la guerra, con el fin de quitar toda esperanza en la venida de ellos, á los barones.—Su ejército lo dividió en tres trozos.—Fué con el uno Blasco Fernandez, hácia la costa Adriática, con el fin de echar de Ferno á Gentil de Magliano, segun lo dispuesto por el Papa, y espulsarlo de las tierras pontificales; castigo, aunque severo, merecido de éste por su falsía.—Cumplió Blasco con felicidad su propósito (1) ayudándole los vecinos de Ferno y su comarca, que al punto que vieron tremolar sus banderas, aclamaron al Papa.—Entretanto, tomaba el mando de otro trozo de gente pontificia Bonifacio de Orvietto, enviado expresamente por el Papa para desposeer del gobierno de Corneto á Juan de Vico, luego que supo que el Cardenal D. Gil se negaba á faltar á lo pactado.—Por último, con la gente que le quedaba, y de que se hizo cargo el Obispo D. Alonso de Toledo, siguió D. Gil adelante la guerra, encaminándola ahora á Forli y Cesena, ciudades dominadas aun por el mayor de los enemigos que quedaba por reducir á la obediencia.—Francisco de Ordelaflí era éste, acerbo enemigo de la Iglesia, despreciador del clero, del culto, de la religion misma; treinta años hácia que estaba excomulgado; treinta que no se oía misa en sus tierras (2). Ahuyentado ya en una ocasion de Forli por un Legado pontificio, habia vuelto á introducirse en la ciudad, moviéndolo á arrepentimiento, sino á mayor maldad, la derrota.—Cuando el Ordelaflí oyó ahora las campanas que le anunciaban una nueva excomunion, mandó tambien tañer las de los lugares que ocupaba; excomulgó, tambien por su parte, al Papa y á sus Cardenales; á él, y á ellos hizo que los quemasen en efígie en la plaza de Forli.

Quiso tambien que algunos clérigos celebrasen misas por escarnio, durante el entredicho, y como se negasen martirizó con atroces suplicios, á catorce de ellos.—Indignado D. Gil y sabiendo que el Lando venia á marchas forzadas en su socorro, determinó apelar á sus últimas armas, predicando solemnemente la cruzada y tratando como á infiel al Ordelaflí con todos los que sostuviesen sus profanaciones.—Produjo la predicacion, con las indulgencias ofrecidas inmenso efecto.—De Florencia especialmente fué mucho el dinero con que contribuyó, y de ella, las demás ciudades y lugares comarcanos, se reunieron en breve tiempo, hasta doce mil caballeros cruzados y treinta mil peones.—No se acobardó por eso Ordelaflí, resuelto á guardar á Forli en persona, fió la custodia de Cesena á su mujer Marcía de los Ubaldinis, conocida en las crónicas por Madonna Cia; más esforzada que su marido todavia.—Comenzó las hostilidades el conde de Doadola, que con cien caballos, y muchas mesnadas corrió en algaradas los campos de Cesena.—Visto por Marcía el estrago, reunió á los más esforzados hombres de armas del presidio de la fortaleza, salió con ellos al campo, y trabando osadamente la batalla con la hueste del Doadola, fueron rotos los pontificios; y muerto el conde, con gran daño y mayor vergüenza todavia, por ser una mujer la vencedora (3). Para separarla determinó el Legado poner sitio incontinenti á la ciudad.—Cuéntase que al saber su propósito el Ordelaflí, escribió á su esposa, diciéndole que tuviese cuenta con Cesena de grandes riesgos amenazada.—«Eso témo yo, respondió la esforzada matrona, de Forli; cuidad vos de ella y dejadme á mí que piense en Cesena».—Y no le faltó el ánimo por cierto, para cumplir la arrogante oferta.—Cercada estrechamente por los Malatestas que en cumplimiento de lo pactado, servían en la hueste de D. Gil, y por otros

(1) Sepúlveda. Lib.

(2) Biografía anónima de Rienzo.

(3) Mateo Villani.—Lib. 5.º—cap. 75.

caudillos pontificios, se defendió Marcia valerosamente; dando lugar á que llegado al Tronto el conde Lando con sus aventureros, tuviera D. Gil que alzar el cerco, para salirse al opósito.—Ya por entonces estaba ajustada la liga que deseaba D. Gil entre él y las señorías de Pisa, Florencia, Siena y Perujia, á fin de defender los pasos difíciles é impedir la invasión del territorio eclesiástico y toscano.

Bien quisieron los potentados italianos que hubiese paz entre el Legado y Ordelaffi, y que ambos acudiesen á conjurar el comun peligro, pero como el tirano más bien deseaba que temia la llegada de los aventureros, contestó á las indicaciones que se le hicieron, proponiendo artículos inadmisibles.—Entonces las señorías se pusieron decididamente de parte del Legado en la contienda, y contra el Ordelaffi y contra los aventureros se dispusieron á hacer á un tiempo la guerra.—Por los mismos dias en que D. Gil envió mensajeros á las ciudades de Italia para procurar la alianza, los mandó también con prudentes instrucciones al conde Lando, intimándoles que desistiesen del intento de invadir las provincias eclesiásticas.—Desecharon los aventureros con desprecio las propuestas de paz del Legado, y este, viéndolos ya en las orillas del Tronto, y dispuestos á pasarlo en son de guerra los declaró cómplices de tiranos y predicó la cruzada contra ellos, ofreciendo mayores indulgencias que antes por menos tiempo de servicio, (1) y obró con tal actividad y denuedo, que en breves dias se halló general del más lucido ejército que se hubiese visto en Italia, por aquellos siglos, con el cual fortificadas bien las orillas del Tronto, y rodeando de estacadas y fosos los lugares más amenazados, ordenó á Blasco Fernandez que diese frente á los invasores obligándoles hacer alto por fuerza de armas.—Ascoli, ciudad importante ribereña del rio, y una de las que se resistían más á reconocer la autoridad temporal del Papa, abrió con esta ocasión sus puertas á D. Gil, temerosa de caer si no en las manos de los invasores.—El señor de Fabriani, y el obispo de Foligno, no bien sometidos hasta entonces, vinieron también presurosamente á la obediencia.—A todos los recibió bien D. Gil, disimulando en gracia de los peligros y servicios presentes, las faltas pasadas.—Pero mientras en la Romagna se disponía de esta suerte la resistencia, logró forzar inesperadamente el enemigo la línea del Tronto, demasiado extensa para que toda ella pudiese ser bien guardada por el ejército eclesiástico.—Era experto el caudillo tudesco, y levantando una noche secretamente su campo, y arrimándose á la marina por la parte de San Fabian en los Abruzos, vadeó el Tronto hácia su desembocadura, y marchó rápidamente sobre Fermo y Ascoli, poniendo entre ambas ciudades su campo.—Recogió entonces su gente Blasco Fernandez con la rapidez que al caso convenia, y fué valerosamente á su encuentro, avisando á D. Gil lo que pasaba.—Confiados en sus capitanes y en la buena fortuna de D. Gil, los soldados pontificios y toscanos esperaban sin temor el choque con aquellos formidables adversarios; habia viveres y dinero en abundancia para mantener la guerra; y las señorías, especialmente la de Florencia, instaban vivamente porque se viniese á la prueba de las armas.—Habiase ya de pelear, de un momento á otro, cuando el conde Lando, apercibiéndose de las dificultades y peligros de su empresa, dió oídos á las proposiciones de paz, que le habian hecho antes en vano.—Llevóse esta vez adelante la negociacion, y Lando condescendió en retirarse con tal que se le diese alguna suma para dar las pagas debidas á su gente.—Disputóse sobre el más ó el ménos de la suma, y al fin se convino en que mediante el pago de treinta mil florines dejarían los aventureros el territorio eclesiástico en el término de doce dias, sin hacer daño alguno, y pagando cuanto consumiesen á los paisanos; comprometiéndose además á tornar á Lombardia y á no guerrear en tres años contra la Iglesia, ni contra alguna de las repúblicas coaligadas, en fé de lo cual una parte del dinero prometido quedó en seguro depósito. (2)—Fué este tratado aplaudido de

(1) Mateo Villani.—Lib. 7.<sup>o</sup>—cap. 80.

(2) Discrepan mucho los autores en la relacion de este tratado.—Yo sigo por su notoria exactitud á Scipion Ammirato, añadiendo algunas circunstancias que hallo en Sepúlveda.

muchos, mal recibido de otros, y especialmente de las ciudades coaligadas; que habrian preferido correr el riesgo de una batalla.—Negáronse por consiguiente las más al pago de lo que les tocaba en la suma ofrecida, y así no tuvo para ellas el tratado efecto alguno.—Pero lo tuvo completo para las provincias pontificias, y si bien se miran las circuntancias, parece lo más cierto que obró D. Gil en esta paz, origen de tan encontradas opiniones, con su prudencia acostumbrada.—Hallábase tan mal segura, como se vió á poco, la autoridad pontificia en sus Estados; y en pos de una batalla perdida contra los tudescos, habia de venir fatalmente la pérdida de todas las conquistas de aquella guerra, aprovechándose los barones y paladines de la confusion y ruina del ejército pontificio, para recobrar sus fortalezas y restablecer su tiranía.—Y aun en el caso de que se ganase una batalla decisiva las reliquias desbandadas de aquellas hordas numerosas, habrian acudido desesperadas á engrosar las fuerzas del Ordelaffi, y los demás enemigos de la Iglesia, dándose de esta suerte principio á una guerra de bandas y cuadrillas, difícil á un tiempo y costosa, y á la cual se prestaba sobradamente el terreno quebrado y selvoso de la Romagna.—Ni habria faltado en cualquier desastre quien, siguiendo las banderas del Legado, á la sazón, le hubiese vuelto las espaldas y ayudado de buena voluntad á los vencedores; que no podia esperarse de los caudillos sometidos por fuerza á la obediencia pontificia, y tanto ó más de los que habia convencido el miedo antes del combate y de los que habia atraído, como á todas las causas triunfantes la esperanza de mejorar de fortuna.—Por último, débese de considerar, que en aquellos mismos dias era venida de Aviñon la nueva, de que el Papa habia relevado á D. Gil de su cargo, y enviaba nuevo Legado á ponerse al frente del ejército que era bastante motivo por sí solo para no dejar pendiente, y por ventura en inespertas manos tan peligrosa guerra.—Otros y muy diversos eran los intereses de las repúblicas.—Porque de una parte no peleándose en su territorio, poco tenian que temer las inmediatas consecuencias de una derrota, quedándoles al lejos sus poderosas murallas en pié, y enteras sus fuerzas para continuar la guerra; y de otra parte no tenian más enemigos que vencer, que los aventureros y lo que les importaba era deshacerse de ellos de una vez y á toda costa, aunque fuéese arriesgando la batalla.—Por eso no podia esperarse que fuese unánime el juicio de los coaligados acerca de la paz ajustada.—Lo seguro es, que las condiciones no podian ser más moderadas, pues el dinero que se entregaba á los tudescos, venia á ser solo el precio de los sueldos que habian de devengar en el camino á Lombardia donde se les impuso la obligacion de volver, porque de allí habian salido á recorrer las demás partes de Italia.—Dejaron al punto los tudescos la Romagna, escoltados por mayor seguridad, de un buen trozo de caballeria pontificia que llevaba la vanguardia y otro más numeroso á la zaga, gobernados ambos por el Obispo D. Alonso de Toledo.—Y cuéntase que el Lando, enamorado de las gentiles maneras del Cardenal, se ofreció á servir á sus órdenes, y darles en breves dias por terminada la guerra; pero D. Gil no quiso que la Iglesia debiese su triunfo á aquellas hordas ya corrompidas con el ejercicio que traian, y senegó á admitirlo en su servicio. (1)—Principió tras esto D. Gil á prepararse para la vuelta á Aviñon, y dejó el mando segun le estaba ordenado al Abad de Cluni su sucesor que acababa de llegar al ejército.—Pero los más fieles de los capitanes del Papa, y cosa extraña, los mismos Malatestas que ahora servian en el ejército eclesiástico se reunieron en consejo, y le suplicaron que detuviese su marcha so pena de que se perdiesen de un golpe los frutos de la guerra.—De aquella misma opinion fué el Abad de Cluni cuando se enteró á fondo del estado de las cosas, y entre él y los capitanes más experimentados le obligaron á quedarse algunos meses más, mientras se sosegaba la alteracion que la llegada de los tudescos habia naturalmente producido, y la guerra contra el Ordelaffi se ponía en mejor estado.—Consintió á duras penas D. Gil, deseoso ya de volver

(1) Sepúlveda.—Lib. 2.<sup>o</sup>

á la corte (1) á dar razon propia de sus hechos.—Y en esto ya Gentil de Magliano, expelido de Fermo, y desterrado por orden del Papa, del territorio eclesiástico, se habia juntado con una cuadrilla de bandoleros, para probar nueva fortuna, mientras el Legado hacia frente á los tudescos aventureros, y devastaba impunemente los lugares y campos obedientes á la autoridad pontificia.—Apuróse con este último hecho la benignidad de D. Gil, y abriendo el pecho por primera vez al rigor de la justicia, envió contra el rebelde un buen golpe de caballos, lo prendió y mandó decapitar con su hijo, y algunos de los foragidos que lo seguian.—Casi en los mismos dias en que se ejecutó este severo castigo, Bonifacio de Orvietto, á quien el Papa habia encomendado que echase á Juan de Vico y Corneto de sus tierras, contra lo capitulado con D. Gil, pidió á éste consejos para llevar á cabo su propósito, puesto que el prefecto osada y tenazmente resistía, y no acertaba él á vencerlo.—D. Gil severo con el reincidente, no desmintió su benevolencia para con el vencido leal que en nada habia faltado á los pactos; y respondió al capitán del Papa que en cosa que se hacia contra su opinion y aun contra la justicia y fé prometida, no habia el de tomar ni siquiera de palabra y por consejos, parte alguna.—Entre tanto aprovechándose activamente de los servicios de aquel excelente ejército que le habia formado la cruzada, envió contra Juan de Manfredi, tirano de Faenza, á D. Alonso de Toledo, el cual lo venció en campal y bien reñida pelea, delante de los muros de la ciudad, y luego puso sobre esta el campo.—Defendióse el Manfredi hasta que la artillería pontificia abrió tales brechas en los muros, que no le quedaba ya más arbitrio si no morir peleando, ó rendirse á discrecion.—Castigó el Legado la perfidia de que este habia dado larga muestra en sus tratos, ordenándole, que en breves dias, dejase el estado eclesiástico.—No eran pasados muchos cuando el propio D. Alonso de Toledo ganó otra batalla contra Francesco Ordelaffi delante de Forli, obligándole á guarecerse con sus caballos en el recinto de la ciudad.—Entonces reunido el grueso de la hueste, y dejando al Obispo D. Alonso á la guarda de Faenza, emprendió de nuevo el Cardenal el sitio interrumpido de Cesena.—Logró D. Gil que el padre de Marcía Ubaldini se ofreciese á persuadirla la rendicion; y el buen anciano cumplió lealmente su cometido, pero sin exito alguno. Marcía respondió esforzadamente á las amonestaciones del padre, que eso no sería obedecer en un todo á su marido, como la habian encargado en el matrimonio; y que pues este le ordenaba resistir, resistiría hasta el trance postrero.—Comenzado, pues, el sitio, consiguieron los pontificios apoderarse de las puertas de la ciudad, y dominar por sorpresa el muro; pero Marcía no desalentada se retiró al castillo con sus partidarios más fieles y determinados. Allí se sostuvo hasta que la artillería y las minas derribaron las más de las torres; y la última y principal, donde se habian recogido las reliquias del presidio, estaba ya sostenida solo por los puntales que iban colocando, á medida que hacían la cava los sitiadores, de suerte que no faltaba más que darles fuego segun la práctica militar de los tiempos para que se desplomase toda sepultando á cuantos la habitaban, en sus escombros.—En aquellos criticos momentos las mujeres de los moradores corrian desoladas á presentarse á don Gil que andaba visitando las obras del sitio, y le suplicaron que impidiese el incendio de aquellos puntales, y librase á sus maridos de una muerte segura en la torre.—Comprendió D. Gil que aquello era traza de los defensores para obtener capitulacion, y cediendo á los ruegos de sus mujeres, les concedió la vida con tal que desistiesen de la resistencia.—Marcía, sin embargo, no pudo ser habida sino cuando desplomada la torre, saltaron los soldados por los humeantes escombros, y se apoderaron de ella, de su hijo, y dos sobrinos, recogidos ya en el último rincón del castillo.—Rendida y bien presidada Cesena, la hueste del Legado se encaminó á Bretinoro, lugar muy fuerte de los que ocupaba Ordelaffi, y muy bien provisto de vituallas y defensores.—Galeotto Malatesta, como de los mejores caudillos que D. Gil á la sazón te-

(1) Mateo Villani.—Lib. 7.º

nia, venció en la batalla á los del presidio, que osaron disputarle el campo, y entrando revueltos con los fugitivos por las puertas sus soldados, se apoderaron de la poblacion; y no mucho despues, del castillo, defendido tambien tenazmente por los del tirano.—De este modo en pocas semanas halló el Ordelaffi reducido su imperio á los muros de Forli, último baluarte de la rebeldia feudal en las provincias eclesiásticas.—D. Gil perdonando los baldones que recibia de aquellos soberbios paladines cuando procuraba rendirlos con razones, y excusar el sangriento empleo de las armas, no dejaba nunca de rogarles que abandonasen los bienes y lugares usurpados á la Iglesia, con lo cual podria tener pacifico fin la contienda.—Ni siquiera quiso exceptuar de esta regla al empedernido Ordelaffi, y, antes de sitiar á Forli, le envió una carta que decia en suma: «Devuélveme capitán, lo que no es tuyo, »y yo te devolveré tu mujer y tu familia que están en mis manos.»—«Decid al Legado, respondió Ordelaffi á los mensajeros, que »hasta ahora le habia tenido por hombre sábio; pero que de hoy »más, le juzgaré un mentecato, supuesto que, si yo le hubiera »preso á él, tres dias há, como él tiene presa á mi familia ese tiempo, ya le tendria muy bien ahorcado (1).» Y decia verdad si no es falsa la fama que alcanzaba el Ordelaffi en su tiempo.—Creíase aunque no parece bien averiguado, que mató con sus propias manos á un hijo y una hija, porque le aconsejaban que se reconciliase con los eclesiásticos; y es cierto que martirizaba á cuantos cruzados caian en sus manos, diciéndoles por escarnio:—«No os »quiero perdonar la vida, no sea que cuando otra vez se os arrime »la muerte, os halleis en pecado mortal, que cierto sería lástima »perder por servir al Papa, que ireis derechos al cielo.»—Bien quisiera D. Gil detenerse á castigar la presuncion del paladin, que sin aliados ya, ni más amparo que las torres de Forli, osaba desafiar todavia la cólera pontificia.—Pero fuera que se recibiesen nuevas órdenes del Papa, fuera que á D. Gil le aquejara más y más el deseo de tornar á la corte, ello es que, contentándose con dejar bien establecido el asedio de Forli, y en él por caudillo, al nuevo Legado el Abad de Cluni, tomó luego la vuelta de Florencia y Pisa, el propio camino que habia seguido cuando vino de Aviñón á aquella empresa.—Suponen los dos biógrafos españoles de D. Gil, que no dejó este el ejército sin rendir á Forli, y aun añaden ambos la circunstancia de que se mostró muy piadoso con el tirano, á punto de dejarle para su sustento ciertos lugares de señorío, despues de vencido, por intercesion de los duques de Milan (2). Mas es error evidente.—Matteo Villani, testigo de vista, narra en su crónica «que el cardenal de España Micer Egidio—asi »llamaban en Italia á D. Gil—habiendo dejado por sucesor al »Abad de Cluni y sitiada la ciudad de Forli, á los 14 de setiembre »de aquel año (de 1337), fué recibido en Florencia con gran pompa, saliendo al camino la clerecía y religiones, y todo el pueblo, »mientras tañian á vuelo las campanas del Municipio, y de las »iglesias.» La entrada añade, «fué á caballo bajo un pálido de oro »y seda, ricamente compuesto, que conducian algunos principales »ciudadanos, y los caballeros florentinos le escoltaban muy aderezados, y así cruzando procesionalmente la ciudad, fué conducido »al convento de menores Franciscos, donde se alojó.»—Allí fué visitado con gran reverencia de lo principal de la ciudad, y magníficamente regalado «á lo cual, continua el cronista, correspondió el »cardenal, recibiendo benignamente á todos, y luego predicó un »sermon, en el cual celebró mucho al Municipio de Florencia, reconociendo que era el más fiel y devoto de todos á la Iglesia, y »ofreciéndole su proteccion en todos tiempos; despues de lo cual »obsequió con un banquete solemne á los principales ciudadanos, »y dia 19 de setiembre partió de Florencia (3).» «Dejó, dice, con este motivo Scipione Ammirato alta fama de sus hechos en Italia, en »servicio de la Iglesia, habiendo abatido á muchos tiranos de la

(1) Biografía anónima.

(2) Sepulveda.—Lib. 2.º—Porreño—cap. 19.

(3) Mateo Villani.—Lib. 7.º—cap. 400.

»Marca y rendido en la Romagna á Cesena Brettinoro y Faenza, y »poco ménos que tomó también á Forli; si bien el tratado que »ajustó últimamente con los aventureros disminuyó alguna cosa el »amor que le profesaban los toscanos.»—De este disgusto, atrás quedan esplicados los fundamentos, y esclarecido brevemente el hecho.—Y en cuanto á las alabanzas conviene saber que iguales ó mayores se hallan en todos los cronistas de la época, y en aquellos más autorizados historiadores que recogieron y coordinaron despues las memorias de Italia, primero tal vez de los vencedores que haya acabado una guerra trayendo en su hueste como fidelísimos amigos á los vencidos; primero también de los conquistadores, que hayan visto partir con lágrimas las provincias y pueblos conquistados; y por ventura el primero de los grandes capitanes y hombres de Estado que haya conservado limpia su fama de los vicios y excesos que afean la de los mayores héroes del mundo.—No vengó una sola de las injurias que le hicieron en la prosperidad los barones vencidos; ni se apropió despojo alguno en las victorias; ni prefirió la gloria de su nombre al bien positivo de la potestad que servía, ni conquistó con sangre lo que pudo haber por buenos consejos; ni usó de traiciones para alcanzar sus propósitos; ni prodigó las indulgencias de la Iglesia, otorgándolas solo en último extremo, por defenderse de los tiranos y de los aventureros coaligados con ellos; ni faltó á la fé prometida; ni castigó más que á los contumaces reos de delitos; ni contribuyó en fin, á privar á nadie de sus estados ó hacienda, bien adquiridos, limitándose á recuperar los usurpados dominios de la Iglesia.—El valor personal no le faltaba por cierto, y bien lo mostró al aceptar el reto que le hizo Galeotto Malatesta, consintiendo en medirse en campo con éste, uno de los más temibles paladines de su tiempo; y sin embargo, no puso mano en ninguna jornada sangrienta, permaneciendo siempre vecino de la hueste, rara vez con ella ó en sus mismos alojamientos.—Quejas y profundos resentimientos de la corte del Papa no le faltaban tampoco, al resignar el mando en el Abad de Cluni; y lo volvió á tomar, sin embargo, para ganar nuevas victorias, y dejar las pasadas seguras, sin que la ingratitud entibiase su celo, ni menguase su amor á la causa que defendía.—Raro es, en fin, que despues de cuatro años de gobierno en Italia, no tuviera que defenderse sino del desvío que siempre engendra en los poderosos el hallarse deudores á un súbdito de grandes servicios, y de la envidia que nunca deja de producir á los iguales en dignidad, la desigualdad manifiesta de los merecimientos.—Pasiones miserables que, lo mismo que en los modernos tiempos, y en los más antiguos, se advertían en Aviñon por los años de 1337 de nuestra era.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DE ÁFRICA.

### VI.

Como estaba de antemano dispuesto, al amanecer del día 1.º de enero el ejército expedicionario, á excepcion del cuerpo de vanguardia que quedó guarneciendo los fuertes con el general Echagüe á la cabeza, emprendió la marcha en direccion á Tetuan por el camino abierto hácia los Castillejos. Salió primero la division mandada por el conde de Reus, siguió el segundo cuerpo á las órdenes del conde de Paredes con el cuartel general, y cerró la retaguardia el tercer cuerpo, á cuyo frente iba el general Ros de Olano, conde de la Almina.

Antes de llegar el general Prim al sitio que se le habia designado para hacer alto y acampar, encontró las alturas inmediatas á los Castillejos pobladas de moros que se lanzaron furiosamente contra nuestras tropas en recia sacudida. La escasa division de reserva no solo resistió sola este primer ataque, sino que animada de belicoso entusiasmo tomó una por una á los marroquíes todas las posiciones que ocupaban, luchando con un arrojo, con un encarnizamiento imposibles de describir. Desde las ocho á las dos estuvieron las fuerzas

dirigidas por el general Prim combatiendo denodadamente contra una muchedumbre de moros que cada vez iba en aumento, como si surgieran de la tierra por entre las cañadas y por las cumbres de los cerros. A eso de las dos y cuarto, la posicion del conde de Reus era tan critica, casi envuelto por el número de sus enemigos, que pidió refuerzos con toda premura, viniendo en su auxilio el regimiento de Córdoba, del segundo cuerpo, cuyos soldados, dispuestos para la marcha, llegaron rendidos con el peso de la mochila, en la cual, además de las prendas de su equipo, llevaban raciones para siete días.

El general Prim dispuso que dejasen este estorbo en un mogote seco y pelado situado á retaguardia del campo de batalla y que sobresalía entre todos los que le rodeaban, llenos de áspera y robusta vegetacion, por su esterilidad inexplicable. Diríase que estaba creado de antemano por la naturaleza para teatro de un gran acontecimiento.

Ya desembarazados de la mochila, siguiendo valerosamente á su general, nuestros soldados se lanzaron decididamente contra las huestes marroquíes, cada vez más osadas y emprendedoras; pero á pesar del empeño de nuestra gente, los moros, fuertes por su número, no cejaron un paso, antes bien se precipitaron como una nube sobre los batallones españoles, fatigados de la larga duracion de un combate desigual y mermados considerablemente por las pérdidas que habian sufrido.

La resistencia fué tan enérgica y vigorosa, que nuestras tropas se vieron obligadas á retirarse de casi todas las posiciones que habian ocupado. La morisma caía sobre nosotros con la violencia y el estrépito de una avalancha que rueda de lo alto de las cumbres al fondo de los valles, y era tal su frenesí que ni á pedradas pudieron contener nuestras guerrillas su impetu siempre creciente. El general Prim á duras penas podia sostenerse en la primera posicion que habia conquistado y desde la cual, si la hubiera perdido, las turbas mahometanas habrian destruido sin remedio su cuerpo de ejército, ya bastante quebrantado; como que la posicion disputada era un cerro que dominaba todos los inmediatos hasta la playa. La situacion no podia ser más grave; pero hubo un incidente que la hizo más conmovedora.

Un regimiento, el de Córdoba, tenia empeñada su honra en esta empresa; su honra que era la del ejército, la de la nacion entera. Los moros en su irresistible acometida llegaron hasta el mogote ó cerrillo en que el regimiento indicado habia dejado las mochilas. Dos veces nuestras tropas, animadas por la desesperacion, le reconquistaron y las dos volvieron á perderle, acorraladas por el número, cada vez mayor de sus contrarios. En tan solemne momento, el conde de Reus arengó á los soldados; pero estos vacilan. Solo un rasgo de heroísmo podia evitar á nuestras armas la ignominia de una derrota, y el general no duda un solo momento. Arranca la bandera de Córdoba de manos del oficial que la conducia y, volviéndose á los soldados, exclama con voz enronquecida por la fatiga y el coraje:—«En esas mochilas está vuestro honor, venid á recobrarlo; y sino yo voy á morir entre nuestros enemigos y á dejar en su poder para mayor vergüenza vuestra, la bandera que tantas veces os ha guiado á la victoria.»—Y esto diciendo, pica espuela á su caballo y se mete denodadamente, tremolando la bandera, por medio de las filas marroquíes y detras de él al grito de *viva la Reyna!* las tropas entusiasmadas, ciegas, dispuestas á morir con su general ó á vencer. El espectáculo que entonces ofrecia el campo, no se explica, se siente y se admira; los más valientes, los que primero habian acudido al llamamiento del conde de Reus, cayeron acerbillados de heridas; la bandera estaba agujereada por mil partes; el caballo del general herido. Aquello era la boca del infierno; las balas silvaban á millares en un reducido espacio, y rodaban en todas direcciones moros y

cristianos revueltos y confundidos. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo, hasta que despues de una resistencia vigorosa, heróica, los marroquíes tuvieron que abandonar el campo, y el regimiento de Córdoba rescató con sus mochilas su bandera, que es ya un monumento histórico, un título de gloria para los que la salvaron.

No contribuyó poco á este resultado la aparicion repentina del bizarro general Zabala con algunos batallones de su mando. Con el valor imperturbable de que tantas pruebas ha dado en las difíciles y peligrosas ocasiones de su brillante vida militar, avanzó á caballo hasta los puntos más comprometidos, donde permaneció con la mayor indiferencia en medio de una lluvia de balas, sin querer resguardarse del fuego enemigo. El era, acompañado de sus ayudantes que no se apartaban de su lado ni un solo momento, la única figura que se destacaba en aquel campo de exterminio y muerte, donde los soldados para no presentar blanco estaban sentados y escondidos tras de los árboles. De milagrosa puede calificarse la circunstancia de que no le hirieran, mucho más, cuando á su lado cayeron el coronel Guerra, gobernador de su Cuartel General, el teniente coronel Garcia Tassara y el capitán de caballería D. Ramon Zabala, sobrino del conde de Paredes. El Cuartel General del segundo cuerpo que en la notable jornada del día 9 de diciembre habia tenido cuatro bajas, quedó reducido con la pérdida del día 1.º de enero, á su más minima expresion; y bien puede decirse que los oficiales pertenecientes á él que salieron ilesos, se salvaron del naufragio en una tabla, pues las balas menudeaban como no es posible formarse idea, y el combate fué tan empeñado en algunos puntos, que apenas habria veinticinco pasos entre las tropas españolas y las marroquíes, nunca tan resueltas y atrevidas.

Mientras que los generales Prim y Zabala reconquistaban tan animosamente las posiciones antes perdidas, los húsares de la Princesa daban una carga brillantísima, y arrastrados por su valor, penetraban violentamente, sufriendo un horroroso fuego, hasta el mismo campamento enemigo. Allí los moros, resguardados detrás de sus tiendas, causaron en las filas de nuestra caballería pérdidas de consideracion; entre otras, la de dos jefes que la mandaban, ambos heridos, y la de un jóven oficial muerto el mismo día que cumplía años y entraba por primera vez en accion. Entonces fué cuando el cabo Mur arrancó con la vida á un alfaquí la bandera amarilla que en los días anteriores habia hondeado al frente de nuestros contrarios.

Nuestras pérdidas, en la gloriosa batalla de los Castillejos, pasaron de mil hombres entre muertos y heridos. El general en jefe, cuando todavía el fuego era vivísimo, se adelantó hasta las primeras guerrillas de la reserva, convertida este día en vanguardia, con la espada en la mano, infundiendo nuevo aliento á los soldados. Avanzó tanto, que el general Prim se creyó en la obligacion de detenerle en su camino diciéndole amistosamente, pero con tono resuelto:—Mi general: aquí mando yo y no le permito á V. pasar adelante.—El duque de Tetuan comprendió la razon que asistia al conde de Reus para estorbarle el paso, y aunque de mala gana, se retiró no lejos del peligro; pero si á donde no pudiera tan fácilmente alcanzarle una bala y comprometer con una catástrofe la suerte del ejército.

En esta jornada hicimos bastantes prisioneros, siendo el más importante y el más extraño de todos, uno á quien llamaban sus compañeros alcaide de Larache. Era de fisonomía inteligente y viva; su cabeza medusina cubierta de asquerosos y enredados cabellos, producía un efecto difícil de expresar, una singularísima mezcla de admiracion y espanto. Contaría escasamente treinta años; era moreno, de facciones regulares, de ojos ardientes y mirada altanera; alto, enjuto y vigoroso. Había, sin embargo, en aquel rostro, casi hermoso, un sello de ferocidad que repelia; una sombra moral, por decirlo así, que destruía en mucha parte la

simpatía que su desgracia inspiraba. Mostrábase poco resignado con su suerte, y pasaba los días rezando ó riñendo con una exaltacion fanática á los demás marroquíes prisioneros, heridos tambien.

El que lo estaba más levemente era un moro de rey, capitán, segun decia, de cien caballos. No desaprovechaba ocasion en que manifestarse agradecido, y alargaba la mano con sumision y respetó á cuantos le visitaban, entablado con ellos por medio de una mimica expresiva y continuada, diálogos animados y curiosos.

Un soldado de la fuerza que los custodiaba, compadecido de él le colgó al cuello un escapulario de la virgen del Carmen para que, por la santa intercesion de Maria, le libertase Dios de todo riesgo y abriera á la luz de la fé los ojos y la inteligencia del infiel; rasgo de caridad sencillo, pero nacido del corazón, que me hizo recordar aquel verso de un notabilísimo drama español:—

—¡Lástima que este moro no se salve!—

Terminada la accion, cuyas consecuencias fueron incalculables, nuestras tropas acamparon en los mismos sitios que con tanto encarnizamiento nos habian disputado los marroquíes: la division Prim, más allá de la Casa del Morabito, rústico albergue de un santón retirado del mundo, situado sobre un cerro no muy distante de aquel en que fué más reñida la batalla; el Cuartel General en el Cerro de la Condesa, cuyo nombre ignoro qué origen tendrá, y cubriendo la retaguardia, el tercer cuerpo de ejército.

A la mañana siguiente se supo con dolor en nuestro campo, que el general Zabala, cuyo heróico comportamiento en la batalla del día anterior habia sido tan justamente encomiado, habia amanecido con una pierna completamente baldada. La enfermedad, ménos piadosa que las balas, salió á detenerle en el camino de su gloria. El conde de Paredes, con una desesperacion tan grande que hacia más vivo el sentimiento de cuantos le conocian, no sin haber hecho antes pruebas repetidas para ver si podia sostenerse en pié, tuvo que volver á Ceuta, víctima de los más acerbos dolores, así morales como físicos, y en aquella ciudad estuvo algunos días, consumido por la impaciencia y contando con ira las horas que pasaba lejos de sus soldados de quienes era tan respetado y querido.

Verdad es que para un hombre de su temple, este estado era en efecto terrible. El ejército se encontraba en un momento apurado y peligroso. Cuando las comunicaciones por tierra se habian interrumpido y solo podia esperar socorro y víveres por el mar, una furiosa tempestad vino á desvanecer sus esperanzas. Los buques que estaban en la ensenada de Cabo-Negro tuvieron que largarse á toda fuerza de vapor y vela, marchándose unos á Puente-Mayorga y otros á la bahía de Ceuta. Cuatro días estuvo el ejército incomunicado, sin que la borrasca calmase. En este tiempo los víveres empezaron á escasear; las raciones que los soldados habian llevado para el camino estaban agotadas, y mesa de general hubo donde el último día de la tormenta, se comieron solo, en vez de pan, algunas migajas de galleta. A la vista casi del ejército, pereció la goleta *Rosalía* que, por órden superior, se habia quedado aguantada en la costa africana, salvándose con mucha dificultad la tripulacion. En Algeciras se fué tambien á pique el vapor de guerra *Santa Isabel*, arrojado contra una peña de la playa por un golpe de mar, y en Ceuta mismo estuvo á punto de desaparecer con toda su gente la lancha cañonera núm. 8 que tan buenos servicios habia prestado contra los marroquíes.

Yo me hallaba á la sazón en Ceuta, á donde habia regresado enfermo del campamento. Allí pude ver todo el horror de la tempestad desencadenada. Las olas enfurecidas y espumosas rebasaban el muelle arrastrando todo cuanto encontraban en su impetuoso camino. Las pipas de vino flotaban á merced del irritable mar que inutilizó á la vista de la poblacion consternada más

de treinta mil raciones de pan y harina. ¡Ya nuestros hermanos sentían los primeros amagos del hambre! La mayor parte de las bateas de desembarco, refugiadas en el puerto, se sumergieron chocando unas con otras. Oíase á larga distancia el rugido del viento como un gemido de dolor y rabia, y el estrepitoso rumor de las olas ensordecía el espacio. Divisábanse á lo lejos verdaderos montes de espuma que se acercaban tronando hasta la costa para saltar por algunos lados las fuertes murallas que resguardan á Ceuta por el mar. ¡Qué no pasarían en aquellos tremendos días los pobres convalecientes, recogidos en los barcos-hospitales y expuestos al agitado movimiento de las olas que levantaban y hundían las más poderosas naves como débiles aristas el aire!

¡Es extraño que el general Zabala sobrellevase en esta ocasión con impaciencia la dolorosa circunstancia que le separaba de sus queridos compañeros de armas? La suerte del ejército era entonces la preocupación constante de todos: recelábamos que se le acabasen las provisiones de reserva y se encontrase solo, sin amparo, desprovisto de recursos, lleno de enfermos é incomunicado en país enemigo. Y nuestro temor aumentaba de hora en hora, sobre todo el último día de la tormenta, porque ésta, lejos de calmarse, parecía acrecentarse por momentos. La lluvia menuda y fría que había estado cayendo toda la mañana, se convirtió á media noche en un aguacero espantoso, acompañado de truenos, relámpagos y rayos.

Las calles de Ceuta parecían ríos desbordados; las casas, sin que haya exageración en cuanto digo, se caían como si fueran de lona, y hubo en muchas necesidad de abrir cauce á las aguas que habían inundado completamente los zaguanes y patios. A todo esto, el viento seguía agitando tumultuosamente las olas, y más de una vez se confundió con el fragor del trueno, el estampido del cañon que demandaba auxilio.

Entretanto, el Conde de Lucena viendo que el temporal arreciaba, había dispuesto que al siguiente día el general Prim con su división marchase á Ceuta por viveres. La necesidad era apremiante, y no tenía espera. En efecto, disponiéndose estaban para la expedición los batallones en quienes todo el ejército cifraba sus esperanzas, cuando el grito de: ¡un vapor! resonó en el campamento. Los soldados, rápidos como el pensamiento, corrieron hacia la playa, palmoreando y llenos de alegría como si nada hubieran sufrido, para observar desde allí con ojos que animaba el deseo, los movimientos de un punto negro, que se divisaba á larga distancia, y que venía aproximándose velozmente. No gritaron los compañeros de Colón al columbrar, en medio de las tinieblas de la noche, la luz misteriosa en la costa americana—¡Tierra! ¡Tierra!—con más entusiasmo que nuestros soldados, después de su penosa incomunicación con la madre patria:—¡un vapor! ¡un vapor!—extendiendo sus brazos hacia el mar. La confianza renació en todos los ánimos, y á pesar de que aquel día no pudo desembarcar nadie del *Ducro*, que era el primer vapor que había llegado, se desistió de la proyectada expedición á Ceuta.

Aquella misma tarde llegaron la escuadra y los demás vapores mercantes, amparados durante la tormenta en Ceuta ó Puente-Mayorga.

Al día siguiente todos se habían olvidado del temporal; la calma había renacido otra vez en el mar y en los corazones.

Cuando yo, restablecido á medias de mi dolencia, volví á incorporarme al ejército, éste acampaba sobre el río Azmir ó Guad-el-Kebir, como, recordando sin duda, el que riega los campos de Córdoba y Sevilla, le apellidan los marroquíes. Aunque accidentado, el terreno en que nuestros soldados habían levantado sus tiendas, no ofrecía, sin embargo, las dificultades que la áspera Sierra-Bullones; sus colinas eran más despejadas y no tan pendientes como las que habíamos dejado atrás; no

embarazaban ya nuestra marcha espesos alcornoques, ni copiosas encinas, y si bien pocas, veíanse algunas lomas completamente peladas, ó donde solo crecía el enano palmito de largas y esparcidas hojas.

A retaguardia, sobre nuestra derecha, levantábase un cerro, escaso de vegetación, pero temible por las enormes piedras que le coronan y que blanquean, destacándose, heridas por los rayos del sol, entre la yerba, como jaiques morunos en el campo, después de una batalla. El río Azmir, Azemir, ó Guad-el-Kebir, porque cada uno le daba su nombre, corría, ó más bien, se estancaba á nuestros pies. Sobre un lecho de arena, como el del humilde Manzanares, entre las vertientes de dos colinillas, manda el Azmir lentamente sus escasas aguas al mar, que á pocos pasos se extiende hasta confundirse con el horizonte. Río humilde y sin recuerdos hasta ahora, á nuestra expedición deberá el vivir en la historia, cuando apenas podía aspirar á vivir en la geografía. Allí, en sus tristes y solitarias márgenes, nuestros soldados lucharon dos veces contra sus enemigos, y por espacio de cuatro días contra la más espantosa borrasca que pueda surgir de aquellos mares tempestuosos. Atormentáronles las privaciones, y diezmoles la epidemia; pero ellos, con la esperanza puesta en Dios y el pensamiento en la patria, sobrellevaron con paciencia, huracanes, lluvias, cóleray hambre.

El mismo día de mi vuelta al campamento hubo otro nuevo combate. Desde por la mañana se habían visto aparecer por las quebraduras del terreno, grupos de moros, que se adelantaban silenciosamente hacia nuestras guerrillas avanzadas. Su número fué creciendo progresivamente, hasta que á eso de las doce y media ó una, se trabó, por fin, la lucha. Nuestros soldados tenían orden de no hacer fuego sino cuando tuvieran muy cerca á sus astutos enemigos, y cumplieron con tanta exactitud cuanto se les había mandado, que algunas guerrillas solo dispararon en ocasión en que podían haber hecho uso de las bayonetas. La artillería jugó en esta acción admirablemente: yo ví caer una granada sobre el cuarto trasero de un caballo tordillo, que caracoleaba en vanguardia de las filas mahometanas, y ví también rodar por la arena caballo y caballero, en medio de los nutridos aplausos de cuantos habían presenciado los efectos de la puntería. Pero, con nuevo asombro, vimos después levantarse al ginete, acercarse á la mal herida cabalgadura, quitarla la silla encarnada, echarse los arreos sobre la cabeza, y marchar tranquila y reposadamente hacia donde, huyendo de los cañones, se habían retirado los suyos.

En la escaramuza de este día hicimos tres prisioneros. El primero que cayó en nuestro poder, fué un mancebo, á quien apenas apuntaba el bozo, de ojos vivos é inquietos, herido en un hombro y con una oreja casi colgando: llevaba la cabeza pelada á trechos, como si hubiera acabado de convalecer de una dolencia inmundada, y su traje era una repugnante cubierta de andrajos. Llegó por su pié hasta el Cuartel General, donde se entabló entre el conde de Lucena y el prisionero el siguiente diálogo:

—¿De dónde eres?

—De cerca de Orán.

—¿Son muchas las kabilas que asisten al combate?

—Pocas.

—¿Quién manda la acción?

—Muley-Abbas.

—Vaya, pues lo hace bastante mal. Vete á curar.

A todo esto, el pobre muchacho no había cesado en el momento de dar mordiscos á una galleta, que le habían regalado, y se conocía que el hambre era en él superior al miedo.

El segundo prisionero vino en una camilla. Tenía completamente hecho pedazos el muslo derecho. Era un jóven de rostro moreno, pero hermoso; alto, bien formado, robusto. Sufrió con resignación los dolores de la penosa cura que le hicieron, sin exhalar una queja; solo

revelaban su padecimiento la contracción nerviosa de los músculos de su rostro y el rechinar de sus dientes.

Después pidió pan, manifestando que no había comido en dos días, y devoró con ansia el pedazo que le dieron, á pesar de los grandes dolores, que debían atormentarle.

El tercer prisionero llegó al hospital de sangre, casi moribundo. Una bayoneta le había atravesado el estómago de parte á parte. Era viejo; pero no repugnante. Apenas le curaron, se envolvió en la manta, como César en su toga después de herido, y se sumergió tal vez en los últimos pensamientos; en esas últimas meditaciones que flotan entre la muerte y la vida, como el misterioso crepúsculo de la existencia que acaba, y de la eternidad que empieza.

La acción se prolongó hasta la noche; pero con poca resolución y energía por parte de los moros. Nuestros soldados prendieron fuego á dos casuchas, que se levantaban en un cerro, próximas al campamento enemigo, y que con sus rojizas llamas iluminaron nuestra victoria.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

## EL BESO DE JUDAS.

### CAPÍTULO IV.

IN EXTREMIS.

(Continuación.)

Manuel se veía huérfano, enfermo, pobre, sin relaciones, y abandonado por aquel á quien hasta entonces tuvo por único, leal y verdadero amigo. Había presentado sus trabajos literarios á algunos especuladores que, después de medirle de piés á cabeza con una mirada friamente mercantil, y de oír su nombre, de que ninguno noticia tenía, ni se dignaron pasar la vista por aquellos. Habiavisitado á actores que, después de entretenerle mucho tiempo, le devolvieron sus cuadernos dramáticos, sin leer siquiera el título de las producciones, y, en fin, anunciándose como pintor, esperó en vano semanas enteras á que le encargasen obras.

Y en tanto, apagábase el fuego de su espíritu, y en medio de la tristeza que le devoraba, se consumía la fuente de sus creaciones; no podía dar forma á ningún pensamiento, y como consecuencia fisiológica, el espíritu mataba á la materia, el alma enferma destruía al cuerpo sano.

Antes de caer postrado en el lecho, habíale perseguido tan tenazmente el recuerdo de su pueblo natal, que en él pensaba despierto, y con él soñaba dormido; y en repetidas ocasiones estuvo dispuesto á emprender el viaje, dando un eterno *adiós* á la corte, para volver á sus queridas montañas. Creeríase que el infeliz mancebo padecía la *nostalgia*, ó *enfermedad del país*, que ejerce una influencia fatal en ciertas organizaciones, y aun llegó á pensar en esto mismo; pero se engañaba. Necesitaba él otra atmósfera que la de su pueblo; y su dolencia provenía únicamente de que su alma de artista vivía reconcentrada en sí propia en la estrecha cárcel del cuerpo, y le eran indispensables el bautismo de la admiración y de los aplausos, para desplegar sus alas y recorrer los infinitos horizontes de la poesía, y la correspondencia de otra alma digna de la adoración de la suya.

Mientras Manuel Flores sufría y lloraba en la desgracia al pié de la escala de la fortuna y de la gloria, encaramábanse por ella centenares de nulidades coronadas, cínicos usurpadores de la legitimidad que tenían á sus plantas, y que de un pueblo grave, honrado, inteligente y noble, como es el nuestro, pretendían hacer, con sus insípidas y absurdas composiciones cantadas ó habladas, un pueblo de saltimbanquis y de idiotas.

Al oscurecer de una tarde de junio, un jóven sacerdote ca-

minaba lentamente, precedido por varios devotos con hachas y velas encendidas, llevando aquel en sus manos el sagrado Viático que debía administrar á un enfermo. Al sonido compasado y monótono de la campanilla, que anunciaba al cuerpo de Jesucristo y se unía á las oraciones del sacerdote, todos los transeuntes detenían el paso, descubriéndose la cabeza é hincaban una rodilla en el suelo, rindiendo este público y solemne homenaje de respeto y de humildad, al grande entre los grandes, al rey de reyes. Al doblar una esquina una elegante carretela, en que iban solamente una hermosa jóven y un anciano, este mandó al lacayo que parase, pues se encontraron con la silenciosa comitiva; apeáronse los tres, ofrecieron el carruaje al ministro de la Iglesia, que ocupó el lugar de aquellos, y acompañaron al Señor hasta la puerta de la casa que se dignaba santificar y enaltecer con su augusta presencia.

La jóven, inspirada más que por un sentimiento de curiosidad por su natural compasión, pues el aspecto de la casa revelaba que debía tratarse de un pobre que necesitaría de la caridad de las buenas almas, preguntó á una mujer de la vecindad que se hallaba á su lado, si sabía quién era el enfermo.

—Si, señorita—le contestó,—un excelente jóven, que hace mucho tiempo no se levanta de la cama. Creo que es un estudiante.

—¿Sabe V. como se llama?

—D. Manuel Flores.

Al oír este nombre, la jóven perdió el color, apoderándose de su cuerpo un estremecimiento convulsivo, que, por fortuna, duró poco, y que solo fué notado por su interlocutora, la cual se apresuró á decir:

—¿Señorita, se ha puesto V. mala?

A esta pregunta el anciano volvió la cabeza, exclamando:

—¡Aurora!... ¿qué tienes, hija mía?

—Nada, no es nada.

—Y sin embargo, estás pálida... Vámonos de aquí.

Y subiendo á la carretela, que ya estaba desocupada, el anciano, que no era otro que el conde de Vega-Sola, y su hija Aurora, desaparecieron prontamente de la calle en que había pasado esta escena.

Manuel, según la opinión del médico que le asistía, daba pocas esperanzas de vida.

### CAPÍTULO V.

BAILE.

Aquella misma noche daba uno en su palacio el conde de Vega-Sola, en celebridad del aniversario de la salvación casi milagrosa de su hija Aurora, que, como saben ya nuestros lectores, debía su vida al jóven aldeano, de quien esta había tenido rara vez noticia desde su residencia en Madrid. Con el motivo expresado, una gran concurrencia, en su mayor parte aristocrática, animaba los brillantes salones del palacio del conde, en los cuales no se distinguía un solo semblante que no revelase el íntimo contento del alma, ó, lo que es más cierto, que no lo fingiese; porque si pudiera leerse en el misterioso libro del corazón humano, ¿cuántas amarguras, cuántos dolores, cuántas lágrimas no se encontrarían en sus páginas? Aquella alegre y lucida reunión, que se agitaba á las caprichosas armonías de Strauss; aquellas elegantes damas, coronadas de flores y de diamantes, perfumadas con olorosas y suaves esencias; aquellos jóvenes y aquellos ancianos, cuyo pecho ostentaba las condecoraciones y distintivos del mérito, del favor ó de la fortuna, nos hubieran parecido otros tantos reos condenados al horrible suplicio de reír y danzar, ahogando el llanto en su pecho, en medio de un cementerio adornado de soberbias lunas de Venecia, espléndidos cortinajes de seda y damasco de colores con remates de oro, y primorosos candelabros de plata, cuya luz, unida á la de varias arañas de cristal colocadas en las diferentes habitaciones, esparcían

una claridad solo comparable con la de un día sereno de julio.

Aurora lucía un lujoso vestido azul con flores de color esmeralda y profusión de encajes, y realizaba su prendido un aderezo de rosas formadas de rubíes, perlas y brillantes de tal precio y tan artísticamente distribuidas, que si, por su angelical belleza, la hija del conde no fuese ya la reina de la función, lo sería por la magnificencia verdaderamente régia y esquisito gusto de su traje. Una dulce sonrisa vagaba también por sus labios... ¡Infeliz Aurora! ella era la primera víctima. Había sabido el estado de su libertador, de aquel sin cuyo auxilio hubiera perecido irremisiblemente en la montaña; y aun cuando no fuese más que por un sentimiento de gratitud, debía padecer, acordándose de que, mientras á ella le rodeaba una turba de adoradores, Manuel se moría tal vez, sin oír una voz amiga en sus últimos momentos, sin conocer los beneficios de una mano generosa, que quizás le arrancaría del borde de la tumba.

Roman Peña era, sin disputa, entre los presentes, el único ser que se hallaba en toda la plenitud de la dicha. Paseábase de acá para allá con el cuello erguido como un avestruz, el rostro colorado como una amapola, y los ojos brillantes, casi lacrimosos, de placer; y sus estupendas carcajadas, sin motivo muchas veces, sobresalian entre el ruido del baile y de la orquesta.

Nadie conocía á ciencia cierta su modo de vivir; y solo aquellos que mejor enterados se suponían, sospechaban que su escandalosa y rápida fortuna era producto de ciertas operaciones bursátiles, no muy limpias, pero bastante felices para que personajes de alta importancia no solo no se desdenasen de admitir su trato, sino que lo solicitasen por el provecho que pudiera reportarles.

El conde recibió en su casa á Roman Peña, recién llegado este de la aldea, primero, con la noble y seria urbanidad correspondiente á una persona de su clase, á quien un amigo dirige una recomendación; después, con el fastidio que temprano ó tarde llega á inspirar todo importuno, y Roman lo era, pues menudeaba las visitas sin objeto alguno, aparente al menos, por cuya causa el padre de Aurora tuvo que negarse á recibirle, con varios pretextos; y últimamente, con afectuosa confianza, porque los tiempos habían variado, y con ellos la posición de Peña, la cual, de humilde que era, se hizo envidiable.

Decíase que la fortuna del conde no se hallaba en estado tan lisonjero como este quisiera, para sostener el brillo de su rango; que debía á Roman gruesas sumas, y que tal vez no se habría ocultado á su perspicacia la conveniencia de un enlace entre Aurora y el único vástago del tronco de Peña, el más furibundo de todos los secuaces del *contraria contrariis*; pues en los tiempos que corren, las más rancias preocupaciones de familia, los títulos más soberbios del orgullo y de la sangre, desaparecen ante *consideraciones* más prosaicas, pero más convenientes para la vida del gran mundo. La modestísima prosapia del ex-amigo de Manuel Flores podría, en efecto, ser ennoblecida, sin más que el bautismo del oro en que nadaba á la sazón Roman Peña.

Estos rumores no impedían que la corte de apasionados de Aurora fuese cada vez más numerosa y lucida, puesto que la linda y amable heredera del conde eclipsaba con su belleza á las primeras hermosuras de la capital de España; así es, que en toda la noche se vió libre de compromisos para bailar, y de galantes insinuaciones que ella escuchaba distraída, porque no podía borrarse de su mente la escena de la tarde. Con el objeto, pues, de calmar su inquietud, abandonó la confusión del baile, y, llamando á un lacayo, le mandó á casa de Manuel Flores, encargándole el mayor sigilo, para que adquiriese noticias exactas de su salud; volviendo en seguida al baile, en donde ya la esperaba Peña, con quien debía bailar

el rigodon anunciado, y á quien se aproximó disculpando su ausencia.

—Precisamente—dijo Aurora—deseaba yo que llegase este momento, porque tengo que hablar á V. de un asunto en que no dudo se interesará su corazón generoso.

—Me hace V. la justicia de comprender mis sentimientos; y aunque ellos no fuesen tales como V. los juzga, me bastaría la más pequeña indicación de V. para complacerla en todo.

—En ese supuesto, diré á V. que necesito el auxilio de su amistad.

—Cuenta V. con él.

—Se trata de una buena acción.

—Escucho con impaciencia.

—He sabido que su amigo de V., el señor de Flores, está en Madrid.

—¡Hola! ¡Oh! ya hace años.

—Yo lo ignoraba, y, en verdad, no sé como V. no me ha dicho nada en tanto tiempo.

—¡Psit! es cierto; pero como no ha habido motivo para...

—Seguramente, no recuerdo haber preguntado á V. por él ni una vez siquiera.

—(¿Á donde irá á parar?)

Aquí hubo una breve interrupción, mientras bailaron la primera figura nuestros interlocutores, los cuales reanudaron después el diálogo en estos términos:

—Pues bien, amigo; Flores se halla gravemente enfermo y sumido en la mayor indigencia.

—¿Qué oigo!

—Esta misma tarde, al entrar en la calle donde vive, tuvimos que bajar del coche mi papá y yo, y cedérselo al sacerdote que iba á administrar el Viático á su amigo de V.

—¡Pobre Manuel! exclamó Peña, con acento compungido.

—V., como íntimo amigo y paisano suyo, tendrá noticia de que él me arrancó de los brazos de la muerte en una cacería.

—¡Juro á V. que nunca le merecí esa confianza! ¡Ha sido siempre tan reservado conmigo!

—De todas maneras, ya que la casualidad me ha proporcionado la ocasión de saber su estado, y poseyendo medios para aliviarlo en lo posible, quiero mandarle por conducto de V. una pequeña suma que, unida á la que V. destine al mismo objeto, contribuirá á que no le falten al menos los auxilios indispensables. Si mi papá fuese á llevársela, de seguro la rehusaría el señor de Flores; tengo motivos para conocer el extremo á que llega su delicadeza; pero entregándosela usted, sin descubrir la procedencia de una parte de ella, la recibirá, á no dudarlo.

Nueva interrupción.

Aurora estaba á punto de desmayarse. Roman sentía todo el veneno de los celos, que iba cayendo gota á gota en su corazón endurecido por la fortuna. Esta vez los fríos cálculos algebráicos, se derretían al fuego intenso de la pasión que más atormenta al hombre. El que tanto alarde hacía de la *incontrastable* insensibilidad del *positivismo*, era derribado cobardemente por la primera tempestad que estallaba en su pecho.

Y sin embargo, estas dos víctimas sonreían al compás de la música, que resonaba en sus oídos como los bramidos del mar en los del naufrago que tiende sus brazos al cielo, sin esperanza de salvarse.

Parecía á Roman adivinar en las palabras de la hija del conde de Vega-Sola señales de un interés demasiado tierno por su amigo moribundo, señales que destruían las esperanzas que él alimentaba mucho tiempo hacía, desde la tarde misma en que Manuel le confió el secreto de sus amores junto á la gruta de la montaña. Poca constancia era de esperar del

carácter frívolo y superficial de Peña en los negocios que no le interesaban de cerca; pero revelábase aquella de una manera prodigiosa cuando, por el contrario, descubría motivos de utilidad propia en cualquier sentido que fuese. ¿Amaba Roman á la hija del conde? Nadie podría afirmarlo; pero lo mas verosímil es que, ya por envidia, ya por el ridículo capricho de alhagar su amor propio, su vanidad desmedida, habiase propuesto conquistar un cariño que quizás no le haría feliz, y que de seguro causaría la desgracia de Manuel Flores, á llegarse á realizar su idea.

Hay hechos que no se explican, porque están colocados fuera del orden de las leyes de la naturaleza, y que son verdaderas aberraciones, nacidas acaso de la organizacion especial del individuo. ¿No descubrir Manuel á su amigo su pasión por Aurora, tal vez nunca hubiera ocurrido á este el pensamiento, que no le abandonó desde entonces, de poner sus ojos en quien estaba demasiado elevada en aquella sazón para la humildad del Roman Peña, cuyas acciones no eran espontáneas las mas veces, necesitando de la iniciativa ajena para manifestarse; pero entonces, ningún respeto humano le detenía para convertir en provecho propio ideas que provenían de otro origen.

Se dirá que no existiendo mas motivos para que Roman abandonase tan cruelmente á su amigo, que la sospecha del amor constante de este á Aurora, parece extraño que por tan leve causa muriese una amistad que habia nacido y crecido con entrambos, robusteciéndose con repetidas pruebas de afecto fraternal. ¡Pobre razon, para el que estudia la fragilidad de nuestro ser! Eso sería lo mismo que decir que una chispa no puede ocasionar un incendio; que una cortísima cantidad de un veneno activo, no es capaz de arruinar el edificio humano; que el aliento de un solo apestado no basta para infestar una poblacion, todo un reino. Si nos propusiéramos investigar el origen de gran parte de los acontecimientos notables de la historia, de aquellos sucesos que mas influencia han ejercido en la suerte de las naciones, veríamos cuán insignificante era, al parecer, su importancia para producir resultados que estaban muy lejos de recelar los hombres mas perspicaces y previsores.

—Prometo á Vd.—dijo Roman, esforzándose por disimular su turbacion, luego que concluyeron la figura,—prometo á V. entregar mañana á la patrona de Flores la cantidad que V. misma indique, y que no será la primera que él recibe de mis manos.

Añadió estas últimas palabras, creyendo que la declaracion de un beneficio, que, á ser cierto, debia ocultarlo en el fondo de su pecho, sería un título de admiracion á los ojos de Aurora, quien nada respondió.

—Es tan fatal la estrella de Manuel—continuó Peña—que, á no ser por mí, hace mucho tiempo le hubiera sido imposible sostenerse en Madrid; y si en mi mano estuviese asegurarse un buen porvenir....

—¡Oh! lo merece, exclamó Aurora, con entusiasmo.

—Si él se decidiese á emprender la carrera del comercio. ...

—¿Y porque no?

—Acaso no me sería difícil colocarle en la casa del socio de un amigo mio.

—¿Aquí mismo, en Madrid?

—¡Oh! no señora; en los Estados-Unidos, en Filadelfia.

—¡En Filadelfia!

—Se está por allí diez ó doce años....

—Pero no hay que olvidar—observó Aurora con precipitacion—que, aunque salga felizmente del grave peligro que en la actualidad amenaza á su vida, la convalecencia será larga y el viaje muy espuesto.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

CIVILIZACION: SU ESPÍRITU Y TENDENCIAS: BIENES Ó MALES QUE DEBERÁN ESPERARSE Ó TEMERSE DE LA CIVILIZACION MODERNA ASÍ EN EL ÓRDEN MATERIAL COMO EN EL ÓRDEN MORAL.

(Conclusion.)

¿Pero en medio de estos portentosos adelantos de las modernas sociedades no hay algo digno y respetable que haya decaído? ¿No se ha rebajado en muchos de los hombres el ideal de la vida? ¿Las costumbres son siempre tan sencillas y puras, y tan elevados los caracteres, como los que vemos en aquellos ya pasados tiempos? ¿En presencia de ciertas tendencias materialistas de la edad presente, no deberemos dolernos del abatimiento de las cosas del espíritu, y de la verdadera cultura liberal, un tanto sofocada por el despotismo de los intereses económicos? Y á poder del deseo de la igualdad y de las concepciones, que hasta ahora han dirigido las más de las escuelas y partidos políticos, ¿no parece llegado á veces el reinado de la medianía y la debilidad? Y cómo forma, hoy que rodea toda vida, no vemos la lucha, la contradicción, la anarquía?—Páreceme en vista de esto, y solo para tal intento lo he dicho, y no para criticar á nuestra edad, tan cara á mi corazón, páreceme, vuelvo á decir, que no cabe duda de que es procedente preguntar no solo por los bienes que debemos esperar, sino tambien por los males que podemos temer en el porvenir de la actual civilizacion.

¿Y cuáles serán? ¿Qué nos traerá el día de mañana? Sin duda nuevos progresos y más grandes crecimientos. Las promesas y esperanzas que acompañaron en su cuna á la moderna edad, se cumplirán, la civilizacion europea seguirá su marcha triunfante, libre de esas flotas y diluvios de bárbaros que anegaron otras civilizaciones, y que ya no volverán; libre tambien de esas grandes agonías y decadencias en que se vió perecer antiguos pueblos, un día Heros de vida, las cuales son hoy imposibles por la extension de la cultura entre numerosos pueblos y gentes, la aparicion de la imprenta, las conquistas de la razon y la presencia en el mundo de esa religion que lleva escondida en sus doctrinas y aspiraciones una fuerza constante de renovación moral. Yo al ménos tengo fé en el espíritu de nuestro siglo y los venideros, y creo que por sus esfuerzos irá la historia realizando hasta acabarla la obra humana sin interrupcion notable, aunque no sin ciertas alternativas de triunfos y reveses, de revoluciones y reacciones, reacciones y reveses que á no pocos espíritus parecerán señales de próximas y universales ruinas, pero en las cuales el hombre que sepa levantarse por cima de los turbados horizontes de la vida presente, y que confie en el destino de la humanidad y en la bondad de la Providencia, no verá sino la ocasion de mas altas y valiosas conquistas, y en los hombres de esas reacciones sino instrumentos, involuntarios es verdad, pero instrumentos del progreso.

Si me toca ahora, y así lo creo, determinar esos progresos que han de cumplirse, debo decir, que á mi juicio consistirán en una extension cada vez mayor del principio de libertad, que agrandará notablemente la iniciativa del ciudadano, libre acaso de otras trabas que las que exija la justicia, la policia, y algunas veces la pública moralidad, libre sobre todo de la accion del Estado, el cual conservando aquellas funciones que expresan la soberanía en su esencia, y que sólo pueden por él desempeñarse, irá poco á poco abandonando á los individuos y á cada una de las grandes esferas sociales el cuidado de su destino y el cumplimiento de la obra social. Á poder de este principio de libertad se desenvolverá la energia humana con una intensidad sin cesar creciente, al ménos en las esferas económica y científica, y encontrará ese movimiento la forma más adecuada en la asociacion libre y orgánica, que se desprenderá naturalmente del movimiento de la civilizacion en todos los órdenes, si bien con aquellas diferencias que exige su carácter y distinta índole. Y la sociedad aspirará además á realizar, en cuanto sea compatible con la libertad, la igualdad social, procurando la mayor posible difusion de la riqueza, y la de la moralidad y la ciencia haciendo tambien participar de los derechos políticos á la universalidad de los ciudadanos.—Pero sobre estos progresos, que todos se resuelven de cierta manera en la idea de mayor desenvolvimiento y grado de existencia, vendrá, como espresion característica de la última edad, la idea de la armonía, que dará al espíritu colectivo y á sus varias manifestaciones con la variedad y unidad correspondientes, el orden, la proporcion y la belleza, cosas todas que son á manera de complemento superior de toda vida. Y debo notar, Excmo. señor, que esa armonía no se limitará á las varias esferas y órdenes en lo interior de cada pueblo, sino que se extenderá á la de todas las naciones, organizándose bajo de ella la humanidad en su verdadera idea. Con lo cual quiero dar á entender, que además de la nacional se producirán gradualmente bajo formas acaso diferentes, sobre bases tambien distintas, como unidad de geografia, unidad de raza, unidad de civilizacion, asociaciones superiores, que serán como preparacion de la gran asociacion universal y humanitaria, y tambien que dentro de este gran organismo del espíritu universal, que no será nunca tan íntimo

como lo han sido en el curso de la historia las asociaciones nacionales, ni aun como quedarán en el porvenir, vivirán armónicamente todos los pueblos, y sobre la base de la gran division internacional del trabajo, y bajo la armonía de la ciencia y la religion superior á la armonía interior científica, ó sea lo que se llama la creacion de la ciencia una, bajo aquella armonía, vuelvo á decir, y la del arte bajo de ella llegará el dia deseado, en que resueltas las grandes oposiciones, comulgarán los varios pueblos y gentes en los mismos derechos, en las mismas ideas, y en las mismas creencias, y vivirán la vida una de la humanidad.

Yo no sé, Excmo. Sr., si este rápido y desmañado bosquejo de lo organizacion y vida de la las edades futuras, que para cumplir mi deber de hoy, me he atrevido á rasguear, es una engañosa creacion de mi fantasia: sin duda toda construccion del porvenir que hoy se intente, será, y ésta más que otra alguna, por demás incompleta, y en no pocos rasgos equivocada ó inexacta, ¿y cómo no? pero parece que el movimiento y carácter actual de la civilizacion, las aspiraciones de la conciencia universal, las previsiones de la ciencia y las promesas de nuestra religion santa nos autorizan á creer en el advenimiento de mejores dias y de una mayor dicha, ó si se quiere, en su desarrollo más alto, universal y armónico de la humanidad.

¿Mas esos progresos últimos de la civilizacion remediarán los males que, como noté arriba, asigen hoy á los pueblos de la Europa, ó les acompañarán en toda la prolongacion de los tiempos? ¿Y si desaparecen algunos, como puede afirmarse desde luego por ser hijos de esta época de transicion y de lucha en que vivimos, nacerán otros nuevos del seno de las evoluciones futuras? Sin mentar aquellos peligros de que en el órden político traerán á las sociedades el desarrollo de algunas ideas y la preponderancia de ciertas clases, de peligros que han hablado con melancólica tristeza publicistas tan eminentes como Tocqueville y Macaulay, no se producirán grandes males en la esfera económica y en la moral? El crecimiento indefinido de la poblacion no producirá el malestar y la miseria en las bajas regiones de la sociedad, cuando concluida la evolucion económica llegue aquel estado que el gran sucesor de Smith, J. S. Mill, ha llamado el estado estacionario? Por un movimiento inverso al que se viene produciendo en el mundo desde las grandes revoluciones contemporáneas, ¿no se realizará una gran concentracion de la riqueza que aumentara la pobreza y el malestar?—Y si de esta pasamos á la otra region, á la region intima del espíritu, en pos del desarrollo indefinido de la filosofia y ciencia no vendrá, antes que la armonía de que he hablado, el antagonismo eterno de la razon y la fé, y acaso la desaparicion de toda religion positiva? La difusion del saber no amenguará las creencias? Y cuando las antiguas civilizaciones del África y del Oriente se renueven y trasformen por el influjo de la europea, y vean derribados sus altares, y despreciados sus antes venerados dioses, del seno de ésta como universal ruina y de la mezcla de razas y gentes ¿no brotará una inmensa indiferencia? Preguntas pavorosas, Excmo. Sr., que aun habiendo de desvanecerse luego se levantan sin querer á nuestra vista hasta en aquellas horas en que hemos respirado ufanos y contentos ante las promesas del porvenir.

Autores hay por demás optimistas, para quienes tales preguntas no tienen sentido, ni significacion los problemas que ellas envuelven. Asi una escuela nacida casi á un mismo tiempo, en el nuevo y en el viejo mundo, á la vista allí de las prodigiosas conquistas del hombre sobre la naturaleza, como reaccion aquí contra las absurdas profecías y lúgubres declamaciones de las sectas socialistas, y las previsiones tambien quizá demasiado tristes de Malthus y Ricardo, ha proclamado como expresion de su creencia, el progreso indefinido del poder productor, el crecimiento ilimitado de la riqueza, y la difusion tambien indefinida del bienestar entre las clases sociales.—La miseria no es, segun ella, un hecho que viene, sino un hecho que se vá rápidamente, y que desaparecerá del todo ante el movimiento general, el cual tendiendo por la multiplicacion incesante de las fuerzas y elementos productores, á una más y más abundante creacion de riqueza, y á la reduccion gradual de los gastos de produccion llenará de bienes el mundo, y lo que es mejor, establecerá dentro del régimen de absoluta libertad una como comunidad, de que hábrán de participar todos y cada uno de los hombres.—El aumento de poblacion será tan solo, á juicio de esa escuela, un medio más de multiplicar el trabajo y la energía y vitalidad de las naciones, y la naturaleza, al extenderse por ella á todos los vientos la especie humana, ofrecerá al cultivo tierras cada vez más fértiles, y dará de sí, solicitada por el trabajo, abundantes é inagotables frutos.

¡Magníficas esperanzas, Excmo. Sr., palabras de alegría que han arrancado más de un corazon al desaliento! No soy yo ciertamente, como lo revela el bosquejo que no há mucho hice, de los que temen ver como término del desarrollo económico la gran miseria con un cortejo fúnebre de los vicios y sufrimientos, ni puedo olvidar á este propósito las maravillas que el principio de asociacion y el desarrollo de ciertas instituciones podrán traer á las gene-

raciones venideras pa. a remedio de muchos males, hasta para contener, si alguna vez nace, la indicada tendencia á la concentracion de la riqueza; pero al mismo tiempo que digo esto, creo tambien exageradas por todo extremo las esperanzas de esa escuela.—Yo veo en la limitacion de las tierras productoras, y tambien en aquel instinto que lleva al hombre á disfrutar y gozar antes que á abstenerse y acumular, cuando la acumulacion y el ahorro le darian solo por la reduccion excesiva del rédito del capital insignificante recompensa, veo, vuelvo á decir, hechos que se opondrán siempre á esa indefinida y creciente abundancia de productos, y á esa excesiva baratura que la escuela anuncia: veo tambien, lo cual es más grave, en la tendencia de nuestra especie á su rápida multiplicacion una causa constante de empobrecimiento, que no sera poderoso á remediar por sí solo el progreso de la produccion; y si yo confio en que este mal de la miseria, aun durando siempre como durará, podrá disminuirse notablemente, ó por lo ménos evitarse que crezca y ponga en peligro la civilizacion, es porque tengo fé en la prevision de los gobiernos y de los pueblos, y espero que á influjo de la opinion pública, y por efecto de una mejor educacion de las clases menesterosas, sabrán éstas dirigir su vida por principios de alta moralidad, y fiar á su prudencia tanto ó más que á la ayuda y prevision ajenas el alivio de su malestar y sufrimientos. Como quiera, Excmo. Sr., creo que en el órden económico, sin anunciar la dicha y bienandanza que sueñan algunos escritores, podemos, si yo no me engaño, quedar tranquilos al dirigir una mirada al porvenir.

Mas graves son las dudas que hacen nacer las preguntas relativas al órden del pensamiento y la conciencia. Porque la perfeccion de la sociedad y su verdadera grandeza, no se alcanzarán, como piensan hoy gran número de filósofos, por el solo crecimiento indefinido de la razon y la influencia absoluta y exclusiva de la ciencia, ni porque aumente el hombre el poder de sus facultades, ni porque desenvuelva su energía en numerosas y potentes manifestaciones; cosas todas fáciles de concebir, y que la historia de la Europa, y por ella la del mundo, realizaria sin dificultad si este fuese todo su ideal. No, tales adelantos, aunque importantes, no bastan á satisfacer las altas necesidades del espíritu individual y social ni á constituir la armonía de la vida y la plenitud del progreso: esto se logrará si juntamente con esos vastos desarrollos de la actividad humana se realiza una restauracion religiosa, que no suprima, digámoslo muy alto, tales progresos, antes los afirme y consolide, y los vivifique y enaltezca á poder del espiritualismo cristiano, obrando así la armonía de la razon y la fé y la unidad de la vida, y por su influjo el engrandecimiento del arte, la purificacion de las costumbres, la elevacion, en fin, de las cosas del espíritu, y el verdadero triunfo de la civilizacion.

Ahora bien, con tales ideas cómo no ha de sentir turbacion el ánimo ante las indicadas preguntas? ¿Son tantas hoy las disonancias en la esfera interior de la conciencia: cuatro siglos de discusion y de luchas han producido en ella tantas ruinas: el espíritu del tiempo ha levantado tan alto los fueros de la razon, y el orgullo del hombre ha combatido con tal encarnizamiento, y á veces con tan aterradora frialdad, sus antiguas venerandas creencias; la ciencia en fin, ha propagado como inconcusas verdades tales doctrinas sobre Dios, el hombre, su origen, su historia y su destino, que más bien que la consoladora idea de esa restauracion y de la alianza entre la razon y la fé cristiana, parece justificado el temor de que el mundo está condenado á aquella suprema, para mí, calamidad del reinado absoluto del racionalismo, y el total eclipse de esa augusta religion que ha civilizado la Evropa!

¿Y para qué ocultarlo?: yo, Excmo. Sr., al meditar sobre ese problema, me he sentido más de una vez á punto de caer en un desaliento parecido á el que hacia exhalar no ha mucho tan amargos y tristes acentos al ángel caído del progreso, al ilustre Lamartine; mas por dicha he concluido siempre por la esperanza.—¿Pues qué, la evolucion histórica actual habremos de tomarla como situacion definitiva; ¿no dice ella con sus contradicciones, y sus dudas, y sus luchas, que es situacion de transicion y crisis, y que debe forzosamente resolverse en una gran unidad? ¿Y en esa unidad, ó si decimos, construccion inmensa y gigantesca sintesis que habrá de salir del seno de las generaciones presentes y venideras, quedará excluido el elemento religioso? Tras la exageracion actual del racionalismo, y en pos de ese vacío por él formado al rededor de la pobre alma humana, triste hoy ya y afligida por la pérdida de sus más queridas ilusiones y esperanzas, no se levantarán poderosos reclamando su puesto el sentimiento y aquellos instintos que llevan al hombre tras lo sobre natural y divino. ¿Y á dónde se volverán ellos sino hácia el catolicismo?—Acaso podría mostrar ya señales de que tal sucederá; mas aunque ninguna, creo podemos esperar, que entre la unidad por el triunfo del racionalismo, y la unidad por la armonía de la Religion y la ciencia, el mundo buscará y realizará la historia esta última; y que al catolicismo irá todo renacimiento religioso, y no á esas religiones que prometen á la Europa ciertas modernas filosofías, religiones sin dogmas ni

misterios, sin sacerdotes ni templos, y sin otro Dios que el Dios impersonal é impalpable del panteísmo.

En resolución, Excmo. Sr., el mal durará siempre en el mundo; ¿no es el hombre un sér limitado y finito? ¿no sabemos los cristianos hasta dónde podemos llevar nuestras aspiraciones, por aquellas solemnes palabras de *omnis anima ingemiscit*? Pero los males sociales disminuirán sin cesar con el progreso de la civilización, y cuando ésta dé su última palabra, la humanidad verá convertidas en realidades sus principales esperanzas.

JOSÉ MORENO NIETO.

#### NUEVA ELECCION DE PRESIDENTE EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

La república de los Estados-Unidos se prepara á la lucha para la eleccion de un nuevo presidente. Este acontecimiento político, siempre grave en las repúblicas, tiene en esta ocasion un interés especial. Por la primera vez en la historia americana, los partidos que se disputan el triunfo, aparecen en la arena, representando solo secciones del Estado. Esto ha sido puesto fuera de toda duda por el resultado de las convenciones que se han celebrado en varios puntos de los Estados-Unidos, para el nombramiento de candidatos á la presidencia de la república.

Hace poco se reunieron los demócratas en Charleston. Este partido es hoy el único que cuenta con adherentes lo mismo en el Sur que en el Norte. Así es, que se creía generalmente, que la persona designada por él, sería el próximo presidente. Pero este cálculo ha salido erróneo. La disputa entre los partidarios de la esclavitud, y los abolicionistas, ha desorganizado hasta la fibra de la democracia. Los delegados demócratas del Norte hicieron un esfuerzo desesperado para nombrar al senador Douglas, de Illinois, al hombre eminente de su partido, que ha manifestado decididas simpatías por el movimiento abolicionista, ahora dominante en los Estados-Unidos del Norte. Si los delegados del Sur hubiesen consentido en su eleccion, es casi seguro que él habria sido el próximo presidente de la república norte-americana; porque, además de tener á su favor todos los partidarios de la abolicion de la esclavitud, habria arrastrado tambien en pos de sí uno ó dos Estados libres contra cualquiera otro competidor republicano. Pero, no obstante la conveniencia de tal compromiso, era demasiado humillante para el orgullo de los delegados del Sur. Así es que estos, no solo no votaron por M. Douglas, sino que tomaron medidas para evitar una votacion en la cual pudiera haber obtenido una ventaja decisiva.

Antes de que la opinion de la convencion fuese formalmente conocida, sometieron á ellas varias resoluciones, que si se hubiesen adoptado, hubieran obligado al partido democrático á conceder á los no-abolicionistas las pretensiones más nocivas al Norte. Las resoluciones fueron, sin embargo, desechadas, retirándose en consecuencia de la convencion los delegados del Sur. En la votacion que siguió á su retirada M. Douglas obtuvo una considerable mayoría; pero por una ficcion propia de los gobiernos, que falsean el sistema representativo, los delegados continuaron formando parte de la convencion, siendo, por lo tanto, imposible obtener la mayoría absoluta de votos necesarios para conocer la opinion de esta clase de asambleas. La convencion democrática no tuvo, pues, más remedio que aplazar la eleccion de candidato para mediados del mes actual, en que tendrá lugar otra reunion con el mismo objeto en Baltimore. Esta no se cree, sin embargo, que dé un resultado más satisfactorio que la primera. Los americanos, mejor informados hablan de la confederacion democrática, como de una cosa completamente disuelta.

Otra convencion se reunió despues para el mismo objeto con el nombre de la Union-Nacional. Su candidato es M. Bell, de Tennessee, en el Sur, partidario de las ideas del Norte, y que, segun sus admiradores, haria uno de los mejores presi-

dentos de la república, pero su partido se compone de una minoría de mal contentos, que no tienen la menor probabilidad de salir triunfantes en la lucha.

La convencion de los republicanos en Chicago tiene mucha más importancia. Esta asamblea ha elegido su candidato, y se ha disuelto inmediatamente. Su eleccion ha recaido sobre M. Sevard, de Nueva-York. Este hombre político es el creador del partido republicano, como Thomas Jefferson lo fué del demócrata, Whig en su origen, se ha tornado partidario de la abolicion, y formado su partido republicano, llamado á remplazar en el poder á los demócratas.

En un país libre en que el voto se limitase á las clases educadas é inteligentes de la sociedad, M. Sevard habria sido apoyado por un partido que tanto le debe; pero en los Estados-Unidos se ha hecho, hace tiempo, el descubrimiento de que ningun hombre político de grandes talentos y de una carrera distinguida, es un candidato con probabilidades á la presidencia de la república. Un epigrama ó un libelo contra tales hombres, puede costarle á un partido el voto de todo un Estado. El secreto del éxito está en nombrar á un desconocido, como Polk, Pierce, Ofremont, ó un empleado de segundo órden, como M. Buchanan. M. Sevard ha sido sacrificado á cálculos de esta especie, y la convencion de Chicago ha encontrado un candidato con probabilidades de ser elegido en un tal M. Lincoln, de Illinois.

Este es, sin duda, un candidato muy formidable. Su carrera ha sido tan completamente oscura, que no se puede decir nada en contra suya, y las pocas cosas que se han dicho de él en público, son las más á propósito para lisonjear y captarle el favor de las masas. Su gran recomendacion es la de haberse formado por sí mismo. En un principio estaba dedicado á un oficio mecánico, pero, sintiéndose con genio para una carrera más distinguida, se hizo abogado, profesion que en los Estados-Unidos, es, generalmente, el preludio de la política. Tales antecedentes encuentran simpatías siempre entre el pueblo de aquella república. M. Lincoln reúne á la popularidad de que goza, otras derivadas de sus relaciones con el Occidente. Un presidente republicano que no cuente con el voto unánime de los estados del Norte, el Noroeste, y los centrales, no puede ser elegido. De estos, los del Norte están decididamente por los republicanos; los del centro, esceptuando Pensylvania, son tambien seguros; pero los del Noroeste, se consideraban últimamente dudosos. La circunstancia, sin embargo, de que el candidato republicano pertenece á Illinois, lisonjearia grandemente el orgullo de los labradores del Occidente; por lo tanto, es probable que M. Lincoln obtenga muchos más votos en estos populares Estados, que su rival M. Sevard.

Las probabilidades de obtener la magistratura suprema de la república, están, pues, en favor de M. Lincoln. La opinion pública le considera un político de gran prudencia y moderacion. Sus ideas son, sin embargo, abolicionistas, y es, por lo tanto, muy difícil que pueda conciliar los intereses del Norte con los del Sur. Acerca de las grandes cuestiones internacionales, que está llamado á resolver, pocos conocen su pensamiento; pero creen algunos que las de Monroe, ó anexionistas no harán muchos progresos bajo su administracion. La ingerencia de los Estados-Unidos en Méjico, no será, pues, tan activa, ni los filibusteros encontrarán la proteccion oculta que hasta aquí, en sus expediciones piráticas á Cuba y los estados de la América central.

Si, efectivamente, este hombre político se halla animado por tales sentimientos y tan alto respeto, al derecho de gentes, convendria á España que se realizen las esperanzas de sus amigos y partidarios, y sea elevado al alto rango de presidente de la Union americana.

J. S. BAZAN.